

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1900 Á 1901

POR EL DOCTOR

D. Rafael Cano,

Catedrático numerario de la Facultad de Filosofía y Letras



VALLADOLID

IMP. Y LIB. DE JOSÉ MANUEL DE LA CUESTA
Macías Picavea, núms. 38 y 40.

1900



Disc. Apert. UVA 00/01 BiCe



COPIA 419590



Excmo. é Ilmo. Señor.

Señores:



Si fué siempre espinoso cargo el llevar la voz y representación de nuestra Universidad en solemnidades de esta índole, lo es doblemente en mí, falto de fuerzas para desplegar los vuelos científicos á que se han remontado otros dignísimos profesores desde este sitio, y en más embarazosa situación hasta por la misma fecha en que nos hallamos al comenzar el período cronológico de este curso, fecha verdaderamente excepcional, ocasionada á suscitar en todos elevados é interesantes pensamientos y propia para emprender rumbos de novedad y trascendencia. Forzado por la disciplina profesional y el superior mandato, he de aceptar el penoso compromiso que la suerte me impone, como vosotros, á fuer de benévolos, habeis de resignaros

á ver defraudadas vuestras esperanzas y escuchar con paciencia doctrina generalmente conocida, si bien de relevante importancia, considerada bajo el aspecto en que pienso colocarla. Consuélame el imaginarme que el asunto ha de cautivaros, aunque ni por el fondo ni por la forma su desempeño corresponda á lo que él exige y merece. Si no satisface á los que, ante todo, buscan la profundidad y el recóndito misterio de la ciencia, despertará interés por lo menos su oportunidad en los actuales momentos, en que nuestra patria está atravesando una gravísima crisis, la más honda y trascendental de toda nuestra historia. Los hechos reveladores de esa crisis son harto notorios y aún ruidosos, para que corran inadvertidos, y bien sabéis, y mejor y más de cerca lo palpamos los encargados de cultivar las inteligencias de los jóvenes en estos centros docentes, que la agitación de los espíritus por los acontecimientos interiores, por los vaivenes políticos y por los choques, cambios y vicisitudes que á la patria afectan, se refleja en este pacífico recinto, altera el orden y la normalidad de la vida escolar, y turba el sosiego, tan necesario al estudio, dejando á éste mermado y estéril.

Si por otra parte se considera que, por el sólo título de españoles, hijos todos de esta madre común, objeto de nuestros más vivos amores, hoy tan abatida y desgraciada, y partícipes de sus presentes ruinas y desventuras, como interesados en su porvenir, aun personas sin misión ni competencia para introducirse en nuestro campo, lo han invadido con sus juicios y soluciones, no se habrá de extrañar, antes se estimará justísimo que los que somos calificados de letrados, nos adelantemos á ocupar el primer lugar entre los mantenedores del debate que á todos apasiona.

Paréceme, pues, que las circunstancias me arrastran á colocar mi tesis en el promedio y entre los linderos de la literatura y de la historia; y es que hablar de cualquiera

de ellas es hablar de la propia substancia de España, y que tanto en una como en otra esfera, se siente palpitar la vida de la patria. Voy á discurrir, no con la amplitud que fuera deseable, sino dentro de los angostos límites permitidos á esta clase de trabajos sobre *las relaciones entre la literatura y la historia nacional de España*; y para que no se tache de vaguedad este enunciado, le concretaré declarando que mi propósito es hacerlos comprender cuán estrecha es la relación existente entre nuestra literatura y nuestra historia, con el fin de obtener la consecuencia de la utilidad y conveniencia del estudio y manejo de la primera para el conocimiento más perfecto y exacto de la segunda.



ANTES de llegar al fondo de la cuestión, conviene examinar separadamente los términos de la misma, en particular, el que se refiere al concepto de la historia, para consolidar el sentido y legitimidad de nuestra tesis, y oponernos de antemano á sus contradictores. Aunque sea principio generalmente admitido que la literatura, como fruto de la civilización de un pueblo, deba entrar dentro de la historia del mismo por lo tocante al orden de ideas, privativo suyo, de progreso intelectual, sociabilidad y cultura, admiten algunos distinción entre ese orden y el de la vida exterior y política; y aun ésta, considerada como la única historia, la reducen á la mera sucesión de imperios y dinastías, de cambios de instituciones y de las mudanzas externas que el transcurso de los siglos ha obrado en una nación cualquiera.

Semejante apreciación de la historia es superficial, incompleta é indigna del alto objeto que tal nombre entraña. Más vastas y profundas son las miras de esta ciencia, cuando aplica el escalpelo de su crítica á escudriñar las entrañas de una nacionalidad ó de un pueblo. Pide, en efecto, la historia que la nación se nos descubra en su vida interior, en su desenvolvimiento progresivo, en la manera

de ser que la han comunicado sus ideas, sentimientos, costumbres y tradiciones, en aquel patrimonio moral que ha sido la substancia de su vida y en las cualidades típicas que la han impreso su fisonomía particular, su carácter propio y distintivo. Las naciones, como los individuos, se dan á conocer por sus hechos, y estos hechos que sobresalen por su magnitud y tendencia, y por los cuales desempeñan algún papel y cumplen alguna misión en la historia del mundo, proceden, como de su raíz natural, de un fondo de cualidades morales, alma de la nación, y *substratum* de aquellos.

Así concebida la crítica de la historia, estudiada ésta no tanto en los hechos, como en sus leyes y causas; colíjese que la literatura sea no sólo un eficacísimo auxiliar de la historia misma, sino un guía precioso y seguro, cuya dirección y enseñanzas son del mayor provecho, sin que por ningún otro medio pueda reemplazarse. Un descubrimiento arqueológico, un nuevo dato epigráfico servirán para reconstruir un hecho particular aislado, ó para rectificar tal ó cual suceso en las circunstancias de lugar ó tiempo; pero en todo caso su importancia será parcial y subalterna, y nunca podrá compararse ni equipararse con la luz que derrama una obra literaria ó sección de ellas sobre una época, sobre los agentes de la historia y sobre los secretos móviles de la misma. Demás de esto, la literatura es un monumento histórico de naturaleza tan firme y permanente que contra él es impotente la devastadora acción del tiempo, cuyos estragos nada humano respetan. Vive la literatura cuanto vive el pueblo, cuanto perdura su medio de expresión; y aún si la nacionalidad llega á disolverse, el único resto que sobrenada en el naufragio de un pueblo que deja de existir como nación, es su lengua y su literatura, su poesía y sus cantos, testimonio perenne de lo que fueron y valieron, y de cómo sintieron y pensaron.

Monumento elocuente y luminoso más que otro alguno es la literatura para la historia, y este principio con relación

á la de nuestra pátria, recibe una aplicación rigurosa y singularísima, porque en ningún otro pueblo de la tierra historia y literatura se hallan tan íntimamente enlazadas y compenetradas la una con la otra.

España posee una magna y gloriosa literatura, timbre preciadísimo y florón admirable que la envidian otras naciones, porque es también su historia grande y gloriosa en extremo, y se levanta con su importancia muy por cima de la de otros pueblos. Esa literatura es original y rica en alto grado, como original, rica y fecunda en acciones portentosas y sublimes es su historia. Nuestra literatura es un espejo donde claramente se dibuja y pone de relieve la vida, la manera de ser y de obrar, el modo con que desempeñó su misión en el mundo la gran nación española.

Como en el individuo hay cierta correlación y consonancia entre sus actos y sus ideas y sentimientos, ó sea entre lo que el brazo ejecuta y lo que concibe la mente y la voluntad apetece, del propio modo en la vida de esta nación española los hechos memorables, mayormente aquellos que han influído en su suerte y destinos, guardan conformidad con sus ideas y sentimientos, cuyo fondo se halla depositado y expresado en la literatura. Quien así no lo entienda, será porque no haya empapado su atención en ambos estudios; que en este orden de paralelismos échase de ver otro fenómeno, para nuestro patriotismo poco honroso. Nuestra incuria y pereza en aprender la literatura nacional corre parejas con la indiferencia y negligente abandono con que miramos la historia pátria. Por mas que cueste rubor confesarlo, es lo cierto que los extranjeros han sido más diligentes que nosotros mismos en explorar y analizar nuestros tesoros literarios, como también han demostrado mayor laboriosidad y paciencia en registrar nuestros archivos y sacar del polvo ignorados documentos, para puntualizar y aquilatar la autenticidad de hechos históricos que interesan á nuestra nación, habiendo

sido sus exploraciones en este último campo muy fructuosas y sus trabajos loables y dignos de consideración, cuando no los ha torcido ó malogrado la animadversión contra nuestra pátria, la mala fé, ó el espíritu de secta (1).

Tarea tan grata como fácil, por lo despejada y abundante, es la de exponer la aproximación y semejanza entre nuestra literatura y nuestra historia. El espíritu de independencia es el que caracteriza originariamente á los hombres de nuestra raza, llamados á formar una nacionalidad dentro de los límites geográficos de nuestra península: ese espíritu se perpetúa y no se desmiente ni un solo día en la prolongada sucesión de los siglos, desde la rebelión de los indómitos cántabros y astures contra el yugo de Augusto, universal dominador del mundo antiguo, hasta el glorioso alzamiento del Dos de Mayo contra el coloso Bonaparte, debelador y transformador de la Europa moderna. Tan celosa se declaró de su originalidad, pureza é independencia nuestra literatura rechazando la intrusión de novedades extrañas y de elementos exóticos en arte y forma, á no ser que se prestasen á ser modificados y presididos por el génio indígena y sellados con el cuño nacional, como nuestro espíritu pátrio, encarnado en reyes, clases directoras y pueblo, en éste sobre todo, lo fué de su libertad y de su españolismo independiente, pugnando de continuo y protestando enérgicamente contra todo lo advenedizo y extranjero.

No fué este solo factor el que concurrió á formar los elementos fundamentales del carácter pátrio; con él se enlazó presto, centuplicando su fuerza, otro de superior

(1) Entre los extranjeros, escrutadores diligentes de nuestra literatura citaremos á Schlegel, Bouterweck, Wolf, Schack, Viardot, Ticknor, Philarete Charles, Puibusque, Viel Castel, Latour, Rousselot y Puygmaigre.

De los que han consagrado sus vigiliás á indagaciones sobre nuestra historia, justo es mencionar á Asehbach, Lembke, Schaller, Schirrmacher, Hubner, Wundtenfel, Dozy, Gachard y Weiss.

valía, de grandísimo y singular poder y de virtud cohesiva tal, que sin ella no habrían podido componer un sólo cuerpo de nación gentes diversas y de diferentes condiciones y tendencias regionales ó locales; nos referimos al sentimiento religioso, lazo de unión que apretó en firme y sólido haz los múltiples y variados contingentes de población congregados en esta tierra, y conteniendo su fuerza centrífuga, impidió que se separasen y con la separación y el aislamiento se anulasen.

El centro de unidad de todo el movimiento histórico en nuestra pátria es la fé católica: la literatura, respondiendo á este mismo carácter, presenta el suyo con ser eminentemente religiosa y cristiana, idealista dentro de las vías del supernaturalismo católico, y de un sentido profundamente ortodoxo. Todas las glorias y grandezas de España, sus acciones y empresas culminantes, sus hazañas más memorables son católicas; esto es, inspiradas y engendradas por el catolicismo, á diferencia y en contraposición de lo que en otras naciones ha acontecido; por ejemplo, en Alemania con su filosofía y en Francia con su revolución. Las grandezas y glorias de nuestra literatura son hijas de la fé, del sentimiento religioso, de la ingénua y acendrada piedad de nuestros mayores, y del predominio que sobre su númen y talento ejercía lo sobrenatural cristiano y el pensamiento católico: las obras inmortales de nuestros insignes prosadores y poetas, nutridos al calor de una educación sinceramente cristiana, llevan este mismo sello y son tanto más eminentes cuanto más aproximadas están á la lumbre de la fé, que enardecía los corazones de los hombres de ingenio.

Las armas y las ciencias fueron siempre en España los títulos más altos y valederos para toda elevación honrosa; no han sido otros los verdaderos orígenes y fundamentos de nuestra aristocracia. Las armas y las letras han fraternizado compenetrándose en unidad magnífica y brillante, y

trabajando juntas en una obra común, que era la obra de la patria. En la elaboración gradual de la patria española, en su consolidación, progreso y engrandecimiento han caminado enlazadas y estrechamente unidas las empresas y obras gloriosas de capitanes y políticos con los escritos y creaciones de los ingenios, viéndose en muchas ocasiones juntos y concentrados en una misma personalidad los frutos de uno y otro orden, como se evidenciaría si recorriésemos un largo catálogo de nombres, desde Don Juan Manuel hasta Garcilaso, y desde Alfonso el Sabio hasta Ercilla y Saavedra Fajardo, sin olvidar al príncipe de los ingenios españoles, que inmortalizó nuestra lengua con sus novelas *ejemplares*, y su *ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, al par que sirvió á su patria como heróico soldado en Lepanto, Navarino, Túnez y la Goleta.

Procediendo de este doble hecho, que informa el nacimiento de nuestra historia, salta á la vista cuán larga y trabajosa fué la obra de la formación de la patria, en que todos colaboraron

tomando ora la pluma, ora la espada;

y por lo mismo que fué secular este trabajo, y se verificó por el superior impulso de la fe, bataillando contra los enemigos de ella, que eran también los de la patria, explícate que á la vez que se robustecían y acrisolaban las virtudes políticas, engendradoras de hombres grandes y de acciones heróicas, también se vigorizára el genio nacional y el arte literario, que, aunque tosco por sus formas en su infancia, surge revestido con la grave sencillez y la severa majestad de la epopeya. La dignidad y la severidad épica eran los primordiales atributos que convenían á una literatura y á una historia, cuyos autores parecían llamados por la Providencia para ejecutar los hechos más grandes é insignes por la fe y para el triunfo y exaltación de la misma, desde los albores hasta el máximo desenvolvimiento de su vitalidad y de su existencia histórica.

Nace España peleando contra infieles, y del mismo modo y á través de esas mismas luchas crece y ensancha su acción, se fortifica y alcanza su mayor apogeo y engrandecimiento. No soy quien aventuro tal aserto, es un testigo autorizadísimo y de mayor excepción, el inglés y protestante Macaulay: «El español, dice, profesa á la fe de sus antepasados un amor vivo y ardiente, porque además de la idea religiosa encárnase en su corazón de una manera profunda la independencia, la libertad y la gloria de la pátria, que siete siglos de lucha perseverante y tenaz con los infieles, dejan honda huella en la memoria y en las costumbres de un pueblo. Las Cruzadas, que no son sino un episodio en la historia de las demás naciones de Europa, en la de España constituyen su esencia y su vida, y la ocupan toda. Luego de haber combatido á los árabes en el antiguo mundo, la era de los descubrimientos abrió dilatados horizontes al celo religioso de los españoles en el Nuevo, donde fueron á combatir otros infieles. En ambas luchas quedaron vencedores: merced á la primera constituyen la pátria; merced á la segunda transformaron la pátria en la primera nación del Universo: por eso la fe católica se halla tan íntimamente unida en la conciencia de los españoles á la libertad, á la victoria, á la conquista, á las riquezas, al honor nacional» (1).

Mientras que en otras naciones los autores buscaron sus ideales fuera del centro en que vivían, los españoles, entre quienes nace vigorosamente y lo domina todo el sentimiento nacional, se inspiran tan sólo en el amor á la pátria y á los héroes legendarios que la enaltecieron. Por eso, nuestra poesía, correspondiendo al patriotismo nacional, varonilmente manifestado en aquel siglo XII, en que la nacionalidad hispano-cristiana cobra mayores bríos después de asentarse en la imperial Toledo, arrebatada á los

(1) Edimbourg.—Review.—1840.

mahometanos, se inaugura con su poema y con su Cid, porque lo épico y lo heróico, genuinamente nacionales, habían de asistir á la cuna de aquella sociedad, que acampada ya en la frontera del Tajo, y dominadora de la España central, podría apellidarse más que española, castellana. Sí; porque la Providencia la establecía en Castilla, corazón de la pátria, en Castilla, que había de dar ajustamiento, engaste y feliz remate á la obra de todos los demás Estados cristianos de la Península, en Castilla, donde acabaría de constituirse y consolidarse la pátria sobre fundamentos tan robustos, que soportára el peso de primera potencia europea, señora de dos mundos, y brazo armado, porta-estandarte de la civilización cristiana contra toda clase de barbarie; en Castilla, en fin, que había de suministrar el instrumento artístico adecuado, la lengua oficial y científica, venciendo su romance por el raro conjunto de excelentes cualidades que le avaloraban, á todas las demás hablas vulgares.



o ha menester la defensa de mi tésis sujetarse á un plan extenso, metódico y minucioso: bástame colocarme en el ameno campo de la poesía, si bien se repute el más alejado de la desnuda realidad y verdad histórica. Dos solos cuerpos literario-poéticos retratan nuestra historia en su parte interna; tan importantes son uno y otro, que entre ambos encierran todo el valor, grandeza y originalidad de nuestra literatura nacional, con la cual ninguna otra puede compararse. Esos cuerpos literarios, tesoros inagotables de belleza, á la vez que claras manifestaciones del carácter y de la vida nacional, documentos elocuentes de positivas realidades históricas, son el romance y el teatro. De modo fidelísimo está pintada la España de la Edad Media en el Romanesco con sus varias especies y ramificaciones: la España del siglo de oro, que de aquella otra fué heredera y continuadora, lo está en el teatro, en nuestra rica y peregrina galería dramática.

Repárese en que, á parte las condiciones de forma, no hay solución de continuidad en la áurea cadena donde se ensartan multitud de perlas de nuestro Parnaso nacional, desde el poema de *Mío Cid* hasta *La Estrella de Sevilla*; por más que parezca extraño, dado el espacio de cuatro

siglos que separa á uno de otro documento poético; pero ha de observarse que tampoco la hay, por lo que atañe á los sentimientos y espíritu nacional que á los sucesos vivifica, entre las hazañas del Cid y la de Guzmán el *Bueno*: y es que el espíritu religioso, patriótico y caballeresco, alma de nuestra poesía en la adolescencia y juventud de nuestra vida histórica, es idéntico al que alienta, fortalece y dignifica á la España de varonil madurez y avanzada ya en la carrera de sus triunfos. No hay nación alguna que registre en los fastos de su historia fenómeno semejante, y cuya literatura pueda comprobarlo con testimonios fehacientes, como la nuestra.

El espíritu religioso y el amor á la pátria, la lealtad y la hidalguía, el fervor monárquico hasta la exaltación, pero sin mengua de la dignidad y la libertad, el respeto á la mujer con su derivación de galantería honesta y delicada, la profesión del honor hasta una especie de culto y fanatismo, el valor arrojado y temerario, junto con la pasión por las empresas grandes y difíciles, serían las dotes características de un pueblo que, nacido en el fragor de los combates y de los campamentos bajo la enseña de la Cruz militando contra la media luna desde el siglo ix hasta el xvii, pasearía altivo los victoriosos pendones de la pátria por casi toda Europa y aún por el Africa, la América y la Oceanía, siempre como campeón de la religión cristiana, como adalid siempre de la civilización verdadera contra todos sus enemigos. En el mismo espacio de siglos la lengua y la literatura, intérpretes de los sentimientos de ese pueblo, adquiriendo similares cualidades de hermosura y magnificencia, le acompañarían constantemente, poniéndose al servicio de aquellas prendas del carácter nacional y enaltecíéndolas en sus cantares y romances, en sus poemas y en sus piezas escénicas.

No carecía de tradiciones esta nuestra vida histórica, paralela y correlativa con la poética; su abolengo es tan

antiguo, como que se remonta á Recaredo y á los Concilios toledanos, que se dan la mano con el gran movimiento intelectual de la época *isidoriana*; si es que no queremos retrotraerle aún más, recordando la protesta del genio nacional, profundamente religioso, en la época romana, contra el despotismo pagano perseguidor del Cristianismo, despotismo personificado en los emperadores romanos, que hace de Zaragoza la ciudad de los mártires, cuyos triunfos fueron cantados por la inspirada lira de Prudencio. Triunfos de tal linaje son éstos que, encarnando en la vida nacional y permaneciendo grabados como timbres preciadísimos de nuestra historia, se repiten con idénticos caracteres siglos adelante, entretejiéndose entonces también los lauros de sentimiento religioso y del sentimiento pátrio con los del valor literario; pues que en el siglo ix presencia la hermosa región del Andálus, víctima de la tiranía musulímica, hechos semejantes en la horrenda persecución desencadenada contra los mozárabes, época de nuevos mártires, cuyo religioso patriotismo halla eco en la elocuencia de los Eulogios y Alvaros de Córdoba.

Sentimientos y principios que tan hondas raíces habían echado, fundiéndose con admirable unidad y cohesión en el corazón de una raza del temple de la española, ¿cómo no habían de brotar con extraordinaria pujanza al violento choque producido por los fanáticos sectarios del Islám, invasores de nuestra península, que ocuparon por todas partes sembrando la desolación y el terror en toda ella, tras de la catástrofe del Guadalete? Con aquel luctuoso acontecimiento, en que sucumbe de súbito la monarquía visigoda, todo estuvo á punto de perecer; salváronse por fortuna, los elementos indispensables para crear una nueva sociedad y nacionalidad con los hispano-cristianos, guarecidos en busca de refugio cabe los riscos y asperezas del Auseba. Iglesia, familia, lengua, trono y altar hallan seguro lugar donde posar la planta y asentar los cimientos de la patria.

Covadonga, el primer santuario y la primer victoria nacional, es la raíz y emblema de las esperanzas de los cristianos independientes, y Pelayo con un puñado de ellos, que no sufren doblar su cerviz bajo el yugo agareno, con poderosa fé y soberano aliento, presagio de una larga carrera de triunfos, inaugura la general restauración, que el sentimiento religioso y el pátrio reclamaban de consuno y por la que todos, abrazados en un mismo afecto y confundidos en un solo deseo, suspiraban.

En aquellos días tan turbados y azarosos, la España de los Pelayos, Alfónsos y Ramiros tenía ya una historia, en cuanto que los hijos de aquella pátria en infancia la estaban labrando con sus hechos; pero si había en efecto, materia histórica, y no escasa ni despreciable, no había forma de composición histórica, que recogiese aquellos hechos; la tradición y la poesía eran los medios de perpetuarlos y transmitirlos á las generaciones sucesivas; los romances fueron el único instrumento posible, el recurso popular forzoso y obligado para conservar todas las tradiciones históricas. Si necesitáramos de alguna comprobación este aserto, yo invocaría la respetable autoridad del docto don José Caveda en su Discurso acerca de la poesía castellana, como elemento de la historia, título que por sí solo habla en abono de mi tesis. Oidler: «Difícilmente se concederá el nombre de historia á los breves y descarnados cronicones del monge de Albelda y de Don Alfonso III, no más extensos y variados que una simple cronología; ni le merecerán tampoco los del Silense y de Sampiro, del obispo de Tuy y del arzobispo Don Rodrigo, donde si hay en realidad menos aridez y más detenimiento, y se traslucen ya vestigios de las creencias populares, conservadas en los Cantares de Gesta, grandes son también los vacíos, escasos los hechos é incompletas las narraciones.... Entre los materiales acopiados por el Rey Sabio para su Crónica general de España, no se cuentan sólo los cronicones que le precedieron y las

obras de los escritores romanos, godos y arabes, de que entonces se tenían noticias: son igualmente consultados y seguidos los Cantares de Gesta, como depositarios de muchos acontecimientos, cuya memoria no se encontraba en otra parte. Cuando el autor no lo expresase así, al referir los hechos de Carlo Magno y Bernardo del Carpio, aparecerían las pruebas de esta verdad en la prosa pintoresca y las singulares narraciones y el sabor caballeresco y los diálogos poéticos de toda la tercera parte y grandes trozos de la cuarta. La bella historia de los Infantes de Lara, pasajes enteros de la del Cid y de Bernardo del Carpio son verdadera poesía de un carácter antiguo, fragmentos sin duda de fablas y romances populares, entonces conocidos, que sólo perdieron la rima y la medida, al acomodarse á la narración histórica de la Crónica.... El Arzobispo Don Rodrigo, aun cuando se propone aparecer severo y desterrar de la historia las ficciones, todavía dá cabida en su obra *De rebus hispanis* á muchas, que son objeto de la *fabla* y los *decires* y los *Cantares de Gesta*.»

A tan elocuente testimonio agregaré el del Sr. Pidal, quien disertando sobre el mismo asunto, se expresa de este modo: «En las Crónicas hallaréis quizá la verdad del día en que se dió una gran batalla, en que falleció un Rey ó un siervo de Dios; pero en vano buscaréis en ellas el menor rasgo, la menor expresión, que os indique la índole del suceso, que consigne el espíritu que animaba á los que á él concurren, ni nada, en fin, de lo que se busca y se debe buscar en la historia. Pues bien; si prescindimos de los Cantares de Gesta y de las Crónicas que después se formaron sobre ellos, á estos descarnados é indigestos cronicones está casi reducida nuestra historia desde principios del siglo VIII hasta el XIII, es decir, de uno de los períodos más importantes de nuestra historia.»

Nada más necesito decir por mi cuenta, después de tan autorizadas declaraciones, para probar que alguna vez la

poesía y la historia vivieron como hermanas, y que por lo perteneciente á los primeros siglos de la reconquista, nuestra poesía, compañera inseparable de la tradición, no solamente es guía de la historia sino también su especial suplemento para guardar la memoria de hombres y sucesos que no dejaban tras sí huellas conocidas, cuando la historia no podía existir por las condiciones de aquellos tiempos y de aquel estado de la España cristiana, ruda y batalladora, educada en los campamentos, pobre de libros, escasa de letrados, pero rica en tradiciones heróicas.

De edad obscura y de hierro ha sido calificada aquélla por los críticos; y éstos mismos, aún los más prevenidos contra la tradición y la poesía, buscando alguna luz con que iluminar aquellas obscuridades, no la hallan como no sea en esos romances y cantares, en los cuales se ven forzados á entender cuán templada se hallaba la dureza de las costumbres por la suave y santa eficacia del idealismo cristiano, que todo lo vivificaba y enaltecía.



hecho indiscutible y de los capitales de nuestra historia es el influjo de la religión y de la Iglesia, más activo y manifiesto aquí que en ningún otro pueblo de la Edad Media, para educar á los soldados de la fé, para mitigar la fiereza ingénita en los hábitos guerreros de aquellos tiempos. Es uno de los testimonios de tal hecho en el campo de las letras la aparición simultánea de la poesía épico-heróica y de la religiosa, coincidiendo aproximadamente el poema del Cid con el Misterio de los Reyes Magos, y alternándose el de Fernán González con la poesía religiosa y devota, primera manifestación de nuestra lírica en las producciones de Gonzalo de Berceo, el piadoso cantor de la Virgen y de los milagros, primer poeta de nombre conocido en el largo catálogo de nuestros vates nacionales.

Reyes y nobles, como caudillos, pueblo militante ó de soldados, y clero representado por obispos, abades y monjes, ejerciendo la doble función de ministros de Dios y de letrados, fueron los agentes históricos, que aplicaron su concurso y refundieron sus esfuerzos, conducentes á la obra común en que habían de intervenir la inteligencia y el corazón, el brazo y la cabeza de aquel naciente Estado, que en

gérmen contenía el futuro sér, la interna constitución y los ulteriores destinos de España.

El respectivo papel que cada uno de estos agentes desempeña y las particulares relaciones que mediaron entre unos y otros, para producir en último resultado el orden y la armonía que las necesidades de la época y el equilibrio social y político requerían, así como el espíritu de singular é indefinible democracia, cristiana y militar, que alentaba á aquella sociedad, todo ello la crítica es incapaz de descubrirlo, aún después de árduos y prolijos trabajos sobre infolios y manuscritos, tan fácil y exactamente, como lo pone de resalto la simple lectura de los romances viejos, de los poemas del Cid y de Fernán González y de los cantares y narraciones populares pertenecientes al ciclo heróico de nuestra poesía.

Ni es para despreciarse la ventaja de que esa lectura, por más que sea ingrata á los oídos, que gustan recrearse con la armonía rítmica y con los primores del estilo y lenguaje poético, sirve de mucho para percibir y recoger en el fondo de las tradiciones populares algunos quilates de verdad histórica, y para puntualizar no pocos lugares de erudición, relativos á aquellos remotos tiempos, como lo ha verificado nuestro docto Milá, analizando varios fragmentos, por ejemplo, el que contiene la trágica historia de Gonzalo Gustios y de los Siete Infantes de Lara.

Excelente medio para apreciar las cualidades del héroe castellano, conquistador de Valencia, Rodrigo Díaz de Vivar, la de su rey Alfonso VI y las verdaderas relaciones que entre ambos existieron, es el poema de *Mío Cid*, en que el carácter del héroe está idealizado, pero no desfigurado ni alterado. Por alguna popular exclamación y apóstrofe de tal monumento, puédesse colegir que, según los sentimientos de aquel pueblo y de aquella época, era modelo de vasallos y espejo de lealtad el personaje que, á pesar del desamor y enemiga de su monarca, proveniente

en gran parte, de sus émulos, sigue sirviendo á él, á la pátria y á su fé, y pelea á todo riesgo, ganando nuevas tierras y difundiendo el espanto entre los infieles. Los documentos poéticos han coadyuvado á confirmar la existencia histórica del Cid, comprobada de otra parte por los procedimientos directos privativos de la Crítica, y también á determinar con exactitud y verdad su carácter, más en consonancia con la manera de pintarle la leyenda, como el prototipo del honor, de la religión, del patriotismo y de la caballeridad, que con la desfavorable é injuriosa que le atribuyeron los historiadores arábigos, concepto prohibido por Dozy, en su tendencia á menoscabar y deslustrar nuestras glorias.

En el hecho de aparecer el pueblo más inclinado del lado del héroe, y propenso á murmurar del monarca, y en otros que dieron asunto á cantares, romances y narraciones poéticas, debe reconocerse una demostración del amor propio nacional, y una protesta contra la ingerencia y predominio de extranjeros, originada por la influencia de la reina francesa Doña Constanza, como por los monjes franceses de Cluny, y por el cambio de rito eclesiástico, que en este tiempo y con tales apoyos se verificaba.

Pero no tan sólo en la edad heroica, la poesía popular es un comprobante de nuestra historia por lo concerniente al espíritu de la época y relaciones entre los personajes, sino aún por lo que se refiere á los pormenores y parte episódica de la historia misma: en esto último, el romance, cuando pasa á ser artístico, pero siendo también intérprete de la tradición, conserva idénticos caracteres; aduciremos, por vía de ejemplo, uno de los episodios de la conquista de Granada, el de la salvación de Boabdil por su madre, descolgándose por una de las ventanas del alcázar, incidente que algunos críticos supusieron invención de la fantasía popular, y que recientes documentos han acreditado de verdadero.

Otra lección hemos de recoger en esta inspección simultánea de los dos campos, de la poesía y de la historia; que el pueblo español se enamoró ardientemente de lo heroico, pero de lo heroico nacional, no de lo extranjero; mostróse apasionado de la caballería, pero de la caballería religiosa y cristiana; y sabiendo discernir entre el caballerismo exótico y el propio, á éste concedió sus preferencias. Si había romances caballerescos de Carlo Magno y de sus Pares, era porque á este asunto le reputaban los españoles como su propia historia. Para dar un émulo al Roldán francés, buscaron á Bernardo del Carpio.

Era el tiempo en que el sistema de las ficciones caballerescas había invadido y prendado los espíritus; este sistema, difícil de definir, y, como dice Durán, conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han trasmitido modificándose con el roce de intereses diversos y de distintas idiosincrasias nacionales, pero caracterizado siempre por lo vago, fantástico é ideal, sale á luz primeramente en los Cantares de Gesta, en los romances y cantos de jogaería, para pasar después desde la boca del pueblo á la pluma de los eruditos y venir más tarde á tomar forma especial en la novela; pero como el medio ambiente adecuado para que prosperára eran las circunstancias de orden social y político del régimen feudal, y el feudalismo no encarnó profundamente en nuestra pátria, de ahí que tampoco prevaleciesen entre nosotros tales ideales poéticos. Aquellas fabulosas aventuras y portentosas hazañas, fruto de la exaltación del espíritu guerrero de los pueblos del Norte, no podían ser acogidas aquí con grande entusiasmo, porque se reservaba todo para la dirección que á ese espíritu imprimió la cruzada religiosa permanente contra los musulmanes, y en esta guerra nacional y santamente popular no se necesitaba que la fantasía abultase los objetos hasta los términos de lo fabuloso, porque lo heroico venía á confundirse con lo real: por otra parte esta guerra se

diferenciaba de las que formaban el inseparable cortejo de régimen feudal, y hasta corregía los defectos de éste, aproximándose los grandes á los pequeños, asociándose los señores con los vasallos y pecheros y siendo para éstos origen de nobleza el valor que en las lides contra el agarenos demostraban. De estos fundamentos se deriva el hecho literario de ser muy pocos los romances tomados de las crónicas caballerescas bretonas, carolingias y galogrecas. En particular, la poesía caballeresca del ciclo bretón, ó sea del rey Artús y de la Tabla redonda, cuadraba mal con la gravedad y austeridad de la castellana por su espíritu de galantería nada recatada, antes licenciosa, frecuentemente adúltera y por su equívoco misticismo.

El paralelismo entre la historia política y la literaria nos conduce á observaciones interesantes al correr el siglo XIV, en que tanto el progreso de la vida política como el de la literatura experimentan lamentables detrimentos. La causa nacional de la reconquista padece largo eclipse, por causa de la desviación del espíritu pátrio, olvidado el pensamiento generador de nuestras glorias, y convertido el ánimo belicoso de los españoles á las guerras civiles, que hacen por extremo infausta aquella centuria y la primera mitad de la siguiente. Nuestra guerra de cruzada, que con San Fernando y con Jaime el Conquistador parecía tocar á su término, tan grandes habían sido sus medros por las regiones meridional y oriental de la península, entra en un período de inercia; y el retroceso político, el abatimiento y paralización de vida externa se refleja en la esfera de las letras y de la poesía. Ni los reyes, ni la nobleza, ni el pueblo cumplen con su respectiva misión en aquella infortunada época, y la falta de correspondencia de estos tres importantes factores, así como de todas las clases sociales, en gran relajación todas, inclusa la eclesiástica, á los deberes que la patria exigía, tiene su eco en el campo donde se cosechan los frutos del ingenio. La nobleza, de un modo

especial, es responsable de aquellas graves turbulencias, que comprometen la respetabilidad y seguridad del poder monárquico; sus desapoderadas ambiciones, su espíritu inquieto é indisciplinado, al par que ocasionan en los reyes mayor rigor, dureza y violencia para robustecer el trono, que era la salvaguardia de la libertad y de los derechos de todos, lanzan á nuestros próceres por una senda de choques y colisiones armadas, funestísima para las letras. ¿Cómo ha de maravillarnos que las musas hubiesen perdido su inspiración, si el génio nacional no daba señales de vida y parecía haber relegado á completo olvido sus tradiciones y sus ideales? Con el exclusivo ejercicio de la guerra vino la rudeza y falta de cultura, á cuyo mal se asoció el de la desmoralización y el libertinaje; y no pudiendo faltar algún traslado en el estadio de la literatura, de lo que daba de sí la historia en su triste realidad, la poesía se encarga de retratar á aquella sociedad y época con el desenfado y desnudez de la sátira, documento á su vez histórico-popular, cuando á este género pertenece, en *El Rimado de Palacio*, y más tarde en las *Coplas de la Panadera*, de *Provincial* y de *Mingo Revulgo*.

Llegó un día en que aquella misma clase noble, ávida de refriegas civiles y ciega por satisfacer rencores personales y de familia, dió en la afición de las justas y torneos, por ostentación y gala de fuerza material, hasta por alarde de lujo y mezclando el elemento caballeresco del amor á la dama profesado por el justador en los palenques y *pasos honrosos*, y poco después, á favor de condiciones ventajosas, ya fué hacedero el sustituir los torneos materiales por los literarios y de ingenio. El reinado de Don Juan II con su corte poética, es el punto de transición de la barbárie y férrea dureza del siglo XIV á la aurora de la restauración y del buen gusto que, tras de un breve y postrer paréntesis, despuntaría en el último tercio del siglo XV. La figura de Don Alvaro de Luna es el centro de

unidad, que atrae en torno suyo personas y sucesos del reinado de D. Juan II, en cuyos días se ofrecen á nuestra consideración dos contrarios aspectos, anverso y reverso de una misma situación, origen el uno de disturbios interiores, generador el otro de beneficios y triunfos literarios, verificándose en esta ocasión el fenómeno que dos siglos más tarde volvería á reproducirse, la privanza de un ambicioso favorito convertida en instrumento de progresos para la poesía, hasta el punto de ganarse para las letras lo que se perdía para la mejora interior y la recta y ordenada gobernación del reino.

La hora de las importaciones extranjeras en nuestra vida literaria es la misma de la aparición de extraños poderes é intereses, mezclándose hasta con sus armas en nuestras civiles discordias. Aparte de las innovaciones procedentes de influencia oriental por el contacto con árabes y judíos, el mismo estado de atraso é ignorancia que las luchas intestinas habían producido, dió margen á que los poetas buscasen nuevos motivos de inspiración y volvieran la vista á otros pueblos más cultos, donde las musas cantaban por el modo y forma de los llamados *trovadores*, clase de poesía que se avenía con el giro que daban á la suya los cruditos. La lírica vá á sufrir notables transformaciones en consonancia con las modificaciones de la vida nacional. La primera importación es la de los provenzales, cuya poesía, distinguiéndose por su tendencia crónica sensual, no pudo con este mismo carácter aclimatarse entre nosotros, porque el sentimiento nacional lo rechazaba; fué admitida como poesía artificial, facticia y al gusto frívolo de los poetas cortesanos, imprimiendo al sentimiento del amor una dirección mas delicada y menos peligrosa, aun cuando tocase en lo amanerado y falso. Mayor prestigio logró la nacida en Italia al influjo é impulso del Renacimiento, y cuyos modelos eran Dante y Petrarca. El ardor con que fué imitada por nuestros vates, se explica por el idealismo que la

informaba, y por el platonismo con que vestía la pasión amorosa, cualidades simpáticas á los españoles, sin contar con la sonoridad métrica, que encontraba terreno bien abonado en nuestro carácter y en la historia de nuestra poesía.

La separación que existió entre la poesía popular y la erudita no había de prolongarse indefinidamente: estas dos manifestaciones del génio poético español habían de asociarse, dándose estrecho abrazo, como se cumplió en la lírica y sobre todo en el teatro. Para que tamaño acontecimiento se verificára, era menester que la España hubiese salido de aquella misérrima época de confusión y general desconcierto, de llera anarquía señorial y contiendas interiores, levantándose para ella el sol de la justicia, de la fortaleza y del engrandecimiento por la unidad, bienes todos que recibiría de los Reyes Católicos, deparados por la Providencia para cerrar con llave de oro la secular epopeya de la Reconquista y para abrir con el impulso de la fe y de la magnanimidad religiosa aquel Nuevo Mundo, que sería el galardón de sus afanes y trabajos, al par que el dilatado horizonte por donde iría á espaciarse y comunicarse la vida española con su peculiar civilización y cultura.

No deja de ser significativo que un humilde religioso sea el príncipe de nuestros líricos y el primer poeta que á nuestra lírica comunicó carácter nacional, á la vez que la elevó á un grado de perfección que antes no conociera, acertando á encerrar en el odre horaciano el rico vino de la inspiración española, religiosa y patriótica; pero también ha de ser objeto de nuestra atención la fecha en que esto acaece; cuando aquellos soberanos representantes de Aragón y de Castilla, es decir, de cuanto había formado y engrandecido á la nación española en armas y en cultura, y á quienes la pátria debería tantos beneficios y tan varios progresos, acababan de abrir á la explotación de los doctos los abundantes veneros de las literaturas clásicas, perennes

fuentes de buen gusto, de donde tomó los más apropiados moldes de belleza el autor de la oda *A la Ascensión del Señor*, *A Santiago*, y *A la vida del campo*, maestro y cabeza de la escuela salmantina, si vale llamar escuelas y no simples formas ó manifestaciones distintas que recibió nuestra poesía, al localizarse en Andalucía según el carácter de Herrera y de Rioja y en Aragón por el de los Argensolas.

El favor concedido á la empresa intelectual y literaria del Renacimiento por Alfonso V el Magnánimo de Aragón, es continuado y completado en Castilla por los Reyes Católicos; acrecentóse con el ejemplo dado por ellos y seguido por toda la corte, incluso las damas, de ilustrarse en el conocimiento de las humanidades, de que fueron grandes maestros Marineo Sículo, Pedro Mártir de Anglería, Lebrija y Arias Barbosa, alrededor de los cuales y oyendo sus doctas enseñanzas, se agrupan magnates tan calificados como el conde de Miranda, el duque de Alba, el conde de Salinas y el marqués de Dénia.

La riqueza asombrosa, la exuberancia de vida de la poesía lírica española en el siglo XVI, riqueza y exuberancia que por su propio exceso contribuyeron en algún modo á engendrar el *gongorismo*, se acompaña con la actividad que en ese mismo siglo ostenta la monarquía del César Carlos V; la cual, sintiendo estrechas sus fronteras, dilata su acción é interviene en todos los asuntos de Europa y aún del mundo entero; como que esa monarquía es la defensora de la causa del catolicismo contra protestantes y turcos, y su caudillo es el martillo de los herejes en Muhlberg, y el debelador de piratas y berberiscos, de cuyas feroces incursiones limpia y asegura los mares, declarándose *alférez de Cristo* para tan arriesgadas empresas.



esta potente y exuberante vida histórica correspondía una literatura también grande y rica en bellezas; y sin embargo, en esta literatura había un vacío; faltaba por brotar una rama importantísima, el género dramático, que, si bien manifestado como embrión en el siglo XIV, no adquiere la vida y formas que le pertenecen hasta muy entrado el XVI. La explicación de este fenómeno es no tan solamente la carencia de condiciones sociales para que existiese teatro, sino también las circunstancias del pueblo español que, después de haberse derramado tanto por fuera, quería concentrarse dentro de su propia casa y conocerse á sí mismo, dejando estampado este conocimiento de intuspección en una forma durable.

El hecho de la originalidad y riqueza del teatro español, el de su vitalidad prolongada durante siglo y medio, y el de haber sido institutor y modelo del de otras naciones, son motivos suficientes para que consagremos nuestra atención á este punto y le otorguemos todo el interés que merece desde el aspecto histórico: alguna luz puede prestarnos para resolver ciertos problemas asaz controvertidos. La vida política de España había entrado en el período de su

ocaso; la decadencia comenzaba á manifestarse en todos los terrenos; y no obstante, en el científico y en el literario, España todavía conservaba una hegemonía indisputable; aún era reina y su corona eclipsaba el brillo de muchas otras coronas; faltábale á esta nación dar á conocer al mundo una superioridad propia suya, nacida por una parte de la alteza y felicidad de sus ingenios, pero además de su misma riqueza moral, de los tesoros de perfecciones de carácter y de educación, que había acumulado en su larga y aprovechada carrera histórica, y que no los guardaba egoístamente sólo para ella, sinó para divulgarlos y prodigarlos con largueza en todos los pueblos cultos, adonde llegára la armonía y majestad de su lengua.

El teatro español en su infancia y primeros orígenes llevaba ya impreso el sello fundamental que no había de abandonarle, el carácter religioso. Las ceremonias y fiestas de la Iglesia suministraron el elemento dramático; el teatro sacro precedió en más de dos siglos al profano; y cuando se pensó en dar un lugar fijo á las representaciones, se abrieron, bajo los auspicios de las cofradías de la Soledad y de la Pasión, los modestos *corrales*. Acompañó al nacimiento del teatro español, además del carácter religioso, el popular, debiéndolo casi todo á la musa del pueblo, y poco al círculo de los eruditos. Emplearon éstos largo tiempo é hicieron muchas tentativas, sin conseguir organizar ni regularizar la forma dramática, y sin llegar á interpretar el gusto del auditorio. Estériles fueron todos aquellos sucesivos trabajos, desde los realizados por Torres Naharro hasta los emprendidos por Juan de la Cueva. Lope de Rueda fué quien dió el primer paso para la fundación de nuestro arte escénico, rechazando la influencia clásica, empleando medios nuevos, tan sencillos como ingeniosos, y atinando con la naturalidad en los medios cómicos.

Reservada estaba al Fénix de los ingenios la palma de ser creador de la escena española y rey de ella con absoluto

imperio y señorío. Si me preguntáis la causa de su inaudita popularidad, de aquella admiración, rayana en delirio, que le acompañó en vida y no le abandonó después de su muerte, vinculándose en sus discípulos, yo os contaré que no la encuentro ni en la fecundidad de su vena poética, ni en la flexibilidad de su talento literario, que supo vaciar en un mismo crisol, romance, lírica, épica y novela, ni en el cúmulo de dotes que se asociaban en aquel verdadero *mónstruo de la naturaleza*, sino más que todo y de un modo principalísimo en la semejanza de su génio y carácter, con el carácter y génio de su nación, siendo encarnación viviente de aquel pueblo devoto y caballeresco, galante é idealista, aventurero y emprendedor, altivo é indisciplinado, cifra y compendio de las virtudes y defectos de los hombres de nuestra raza, y en la fidelidad y acierto con que trasladó á la escena todo el variado aparato de nuestra filosofía, de nuestras creencias, de nuestros íntimos sentimientos y caras tradiciones y de todo lo más grande é interesante de nuestra historia.

Al pináculo de su gloria había llegado España en aquellos felices días en que él escribía, que eran los del reinado del Felipe II y los de Felipe III; colocado en aquella esplendorosa cima, respirando aquel ambiente de grandezas, cuando los lauros seculares sobre la morisma se habían reverdecido con los recogidos en Italia, Alemania y Flandes, y abrazando con su mirada aquella brillante carrera de triunfos interiores y exteriores de su pátria, se dispone á inmortalizarla con el drama nacional, que completaría la obra del romance, y sería á la vez epopeya é historia, sin dejar de ser drama, y de todas suertes el mejor monumento que podía erigirse á una nación enriquecida con tantas conquistas y digna de tantas alabanzas.

El valor de Lope es de los que se agigantan con el curso de los siglos, mal que pese á los que le tildaron de romántico, sin conocer que aquel pretendido romanticismo

era, en puridad, su españolismo, su fidelidad al espíritu y carácter de la raza: sus obras dramáticas son uno de los mejores conductos para entender y descifrar la historia de nuestro pueblo, recibiendo con la enseñanza el noble deleite propio de este género de poesía.

Aunque es difícil reducir á grupos relacionados con nuestro objeto cuanto de notable encierra el vastísimo teatro de Lope, pareceme que ese estudio podría contraerse á tres partes; á las lecciones que sugiere en orden á la lealtad y respeto monárquico, al ideal del amor y galanteo y á la delicadeza y ternura de afectos en la mujer; para el primero sirve de ejemplo *La Estrella de Sevilla*; en la segunda y tercera sección entraría *La esclava de su galán*, *El acero de Madrid* y *Lo cierto por lo dudoso*.

Era eco fiel del modo de sentir y pensar general de las españoles de su tiempo, cuando la monarquía se consideraba como una institución de derecho divino, en aquellos famosos versos de la primera.

*Y el Rey no pudo mentir?...
—No; que es imagen de Dios:*

El mismo hecho de la exaltación del sentimiento monárquico junto con la circunstancia, realmente histórica, de lo grato que era al pueblo contemplar en el Rey al vengador de los pequeños oprimidos por los atropellos de los grandes, aparece puesto de relieve en *El mejor alcalde el Rey* (1).

El discreto exquisito y de buen gusto en boca de los rendidos amadores, homenaje de afecto á sus damas, prueba cuán arraigado vivía el idealismo cristiano, que ennoblecíendolo todo, purificaba la pasión del amor, para que

(1) Por extremo interesantes y conducentes también á nuestro fin didáctico-histórico son los dramas históricos de Lope, por cuanto dramatizó y amplió todo el Romancero en tres ciclos sucesivos, y sacó á la escena, tomándolos de las crónicas, romances y tradiciones históricas, los héroes y los hechos de la epopeya castellana.

no degenerase en torpe alición de los sentidos, No cabía mejor empleo del ingenio, ni tampoco se vió nunca con más acierto lograda la asociación de la belleza con la verdad y la bondad, sus hermanas. Lo que eran las damas y los galanes de entonces, lo sabemos oyéndoles hablar en las comedias de Lope. Hartzembusch lo expresa en estas palabras: «Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran, en general, todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española; la dama era amante con preferencia á todo, sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre.»

Duéleme el no presentaros á los otros dramáticos que con Lope, retrataron á la España de su tiempo, aquella España de los caballeros ambiciosos de honra y modelos de cortesía, que alternaban y asociaban las bizarrías de espada con las bizarrías de lenguaje; pero si no me es permitido haceros notar las diversas perfecciones con que enriquecieron el arte, ni detenerme á que admireis el gracejo malicioso de Tirso, y su peregrina habilidad para la creación de caracteres dramáticos tan vigorosos, como el *Burlador de Sevilla*, la intención filosófica, sana y moralizadora de Alarcón, la elevación de pensamientos con enérgica exposición de Rojas, la corrección y urbanidad de Moreto, es porque me urge llegar ante la imponente personalidad de Calderón, con quien diríase que el génio de nuestra raza, como si se agotase, quiso dar su última y más viva llamada.

Calderón, compartiendo con Lope el cetro de la escena española por la unidad y analogía del sistema y por cierta similitud de prendas de dramático, idealiza más nuestro teatro y le eleva á las regiones de lo sublime, completando, en la exhibición de las cualidades inherentes al genio nacional, algo que faltaba en Lope, la metafísica y la apoteosis

del honor, la pintura del espíritu vindicativo, propio de la época y de la raza, y en orden á los elementos de cultura nacional, el conocimiento de la filosofía y de la teología, con aplicación á las creaciones dramáticas. Es un continuador de Lope en el drama y en la comedia caballeresca y de costumbres, si bien profundiza más en el análisis de la pasión del amor y singularmente en la de los celos; pero pasa adelante, descubriendo un nuevo mundo de bellezas, con la superior intuición de su génio, y por este derrotero saca á la escena raudales de ciencia, entiéndase bien, de ciencia española y popular, que si así no fuera, no habría arrancado unánimes aplausos, ni arrastrado, como con poderoso é irresistible imán á la muchedumbre, que absorta le escuchaba.

Proseguidor de la tradición nacional y del sentimiento popular, que aprobaba y agradecía la firmeza del Rey en abatir á los tiranuelos engreidos con su poder, empleado en daño de los débiles, dejó admirablemente desenvuelto este pensamiento en *El Alcalde de Zalamea*, uno de sus dramas que gozan de mayor popularidad, inmortalizando á la par nuestra literatura y nuestra historia: con ese mismo pensamiento enlaza el concepto del honor, constante preocupación de los dramas calderonianos, como se desprende de aquellos versos tan conocidos y tantas veces recordados:

*Al Rey la hacienda y la vida
se debe; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

Calderón dió tanta importancia á la idea del honor, que hizo de ella un estudio especial, considerándola en sus varias aplicaciones, en su susceptibilidad y en sus conflictos; fué tema de alguno de sus dramas, contados entre los mejores, como *El médico de su honra*, *El pintor de su*

deshonra y *A secreto agravio secreta venganza* (1). Aunque pagó algún tributo á las preocupaciones de su época en esta materia, por lo general acertó, atemperándose á lo que había sido siempre el norte de la tradición española, á las enseñanzas de la religión católica; y si por cierta aprobación del espíritu vengativo de los delitos en defensa de la honra, parece á primera vista incurso en censura, ha de reconocerse que sancionados por la ley desde el Fuero Juzgo se hallaban aquellos principios, y que habían obtenido otra sanción en las costumbres caballerescas de toda nuestra historia (2). Denunció las *costumbres necias* de su tiempo, desaprobando los rigores que imponían, si bien declarando que no vivía para enmendarlas; al sujetarse él mismo á la ley vindicativa del honor, lo hizo rebelándose contra sus desafueros.

Calderón no sólo demuestra en los dramas ser perfecto conocedor del corazón humano; es también sábio profundísimo, dotado de inmenso caudal de ciencia filosófica y teológica, y acomete la empresa, que se hubiera tenido por imposible, de vestir aquellos abstrusos asuntos con los encantadores arreos de la poesía, y producir por la asociación de tal fondo con tal forma artística, creaciones peregrinas y sublimes, secularizando algunas veces conceptos de la religión católica tan difíciles, como la materia del libre albedrío. Aparte de su drama filosófico *La vida es sueño*, tanto más admirado cuanto más se le analiza, solicitan nuestra atención los dramas religiosos *El mágico prodigioso* y *La Devoción de la Cruz*, y por último los *Autos sacramentales*.

(1) Es notabilísimo *El médico de su honra*, porque en él Calderón, fundiendo la figura del rey D. Pedro I de Castilla en la inspiración popular, puesto que el pueblo le consideraba defensor de los oprimidos y vengador de la tiranía de los poderosos, le pinta como justiciero, y de esta cualidad, como también de la semejanza de los accidentes de la fábula dramática con los de la realidad histórica, saca gran partido para el efecto trágico.

(2) Véase la ley V del libro III, título IV del Fuero Juzgo.

Al mencionar éstos, no examinaré el mérito del autor en ellos, sinó la significación que entraña el hecho de que tales representaciones fueran recibidas con popular aplauso, entendidas y saboreadas por la España del siglo xvii: bien merece nuestra observación crítica la singular circunstancia de que una nación en decadencia, cual la de los últimos días de Felipe IV y los primeros de Carlos II, eleve este grandioso monumento, que es á la vez que prueba de fé ardentísima, testimonio de una cultura y de un progreso científico envidiable. El pueblo español, que compone el auditorio de los *Autos*, representados al aire libre y con extraordinaria pompa y aparato, no sólo testifica inflamada devoción al augusto Sacramento de nuestros altares, si que también acompaña estas fervientes demostraciones del corazón con tales vuelos de su inteligencia, que son propios de un pueblo muy culto y adelantado (1).

La enseñanza que fluye de estos hechos es que la fé había engrandecido al pueblo español en el terreno de la ciencia; que por el camino de la fé había ascendido á esta esplendente cumbre de las conquistas y verdades científicas; que la unidad, integridad y vitalidad de su fé habíanle servido de antorcha en medio de las tenebrosidades que á otros pueblos rodeaban y le habían preservado de los escollos del error, que es el enemigo de la ciencia; y por último, que la decadencia de ese pueblo en aquella fecha, no era universal ni absoluta, sinó simplemente parcial y política, debiendo inquirirse su génesis por otros motivos que los que han tratado de autorizar y vulgarizar apasionados escritores afiliados á determinadas escuelas.

(1) Pedroso, que analizó magistralmente los *Autos sacramentales*, dijo: «Los *Autos del Corpus*, ingeniosos desahogos del sentimiento religioso, dirigidos al pueblo, trabajados sin hacer cuenta con la posteridad y predestinados á nacer y morir dentro de nuestras fronteras, son hoy más que recuerdos poéticos, pedazos aún palpitantes del corazón de aquella antigua sociedad española, tan distinta entre todas por su literatura y costumbres y por su vida religiosa y política».

La llamada con temeroso nombre *intolerancia religiosa*, duramente estigmatizada por ciegos prejuicios de secta, espantable fantasma, del que muchos hablan sin saber lo que dicen y lo que la cosa significa, ó sea, la firmeza, constancia y abroquelamiento en la fé del pueblo español ante las asechanzas y peligros de la herejía, y por lo tanto, la sábia y previsora política de sus reyes, inspirados en el mismo pueblo y fundados en su voto unánime, no fué causa de decadencia ó retroceso, antes bien se acompañó con su espléndida cultura, con su más potente desarrollo y vitalidad intelectual, con su mayor progreso científico y literario, como se evidencia en el siglo de oro de nuestras letras, cuya magnífica eflorescencia es la que venimos conmemorando, al hablar de nuestro teatro nacional y singularmente de Calderón y de sus *Autos sacramentales*. Esta clase de espectáculos, celebrados al aire libre, y á los que todas las artes prestaban su concurso, fué muy popular en España, por lo mismo que era un público y solemne triunfo y apoteosis de la fe sobre la herejía, y que la herejía fué odiosa é impopularísima entre nosotros; nunca, en efecto, consiguió popularizarse en España la herejía, y mucho menos la protestante, rechazada hasta por las cualidades nativas de nuestro carácter.

Por vía de remate de cuanto se refiere á la poesía dramática española, ocurreme un pensamiento que, aun valiendo poco, por ser mío, me atrevo á decir que puede contrastarse en la piedra de toque de los hechos. Hubo un tiempo en que la España era en cierto modo maestra de la Europa, porque sus sábios se sentaban á ejercer magisterio en las cátedras del mundo culto, adonde se les llamaba por lo vasto de su saber y doctrina. Pues bien; más tarde, y cuando España había perdido la supremacía política, erigió dentro de sus fronteras cátedra de algo que no se aprende en las aulas ni en los libros, cátedra de galantería discreta, delicada y honesta, de respeto y puro afecto á la mujer, de

lealtad, hidalguía y patriotismo, y por último, del honor. Los grandes maestros en estas lecciones, de que la Europa y el mundo entero estaban necesitados, y siguen estándolo hoy mismo, fueron Lope y Calderón con los argumentos deleitables de sus inmortales dramas y comedias; hoy mismo, decimos, sí, porque ¿dónde irá la Europa contemporánea, esta Europa positivista, rebajada por el egoísmo mercantil y degradada por el culto de la materia, á aprender lo que es el honor y la dignidad, la honra y el decoro, si desaparece España y su literatura, que es la única que magistralmente lo sabe, que ha hecho profesión de ello, que lo tiene archivado y vinculado en su historia, y lo guarda en posesión respetada é indisputable?

Aun entre determinados autores pasó ya de moda el emplear ciertos *lugares comunes*, con que hubo empeño de alucinar á las masas ignorantes, y al *profano vulgo*, como el decir que las llamas inquisitoriales habían abrasado las alas del ingenio y detenido el vuelo de la ciencia. A menos de incurrir en la nota de adocenada ilustración, nadie toma en sério estas palabras. A demostrar su falsedad, algo contribuiría este modesto trabajo, si nos fuera dado ampliarle, y extendiéramos nuestras observaciones al campo de las composiciones graves é instructivas, cuyo instrumento es la prosa, y por los cuales se descubre cuán alto puso España su nivel científico precisamente en aquellos tiempos en que su fé religiosa era más firme, viva y acendrada.

V



AUNQUE la probanza de mi tésis no necesita de la ampliación antedicha, cedo á la tentación de exponer en ligero cróquis cuál fué el merecimiento que adquirió nuestra literatura, cuáles fueron las nuevas preseas con que ella y su instrumento, la lengua, se ataviaron durante esos mismos siglos, cuyo movimiento poético hemos examinado. Legislación é historia, filosofía y ciencias morales, el órden de la naturaleza y especulaciones físicas y el de la política, lo sagrado y lo profano, todo fué cultivado por nuestros escritores con gran copia de perfecciones de fondo y forma, en aquella centuria de portentosa actividad intelectual, compañera de la actividad desplegada en conquistas y descubrimientos.

El grandioso monumento consagrado á la ciencia jurídica por el ilustre hijo de San Fernando, es gallarda prueba de la aptitud de nuestro pueblo para los estudios sérios, en cuyo ejercicio se adelantaba y sobrepujaba á todos los demás de Europa: sus cualidades, tanto intrínsecas como extrínsecas hacen de *Las Partidas* digno proemio de la vida política y literaria de un pueblo, que en la senda de la civilización daría pronto pasos de gigante. Este mismo monarca, en sus obras de variada cultura, es viva representación

de lo que fué el genio español caminando por estas vías y enriqueciendo la ciencia española por todos los medios, con tal que no padeciese detrimento el carácter nacional, religioso siempre y ortodoxo, en medio de su amor á los adelantos científicos. Porque el sábio autor de *Las Partidas*, tan infeliz en su reinado, como afortunado y benemérito en la esfera de los progresos intelectuales, es quien congrega á los más afamados *sabidores*, siquiera perteneciesen á la grey mahometana ó á la judáica, para adquirir los elementos aportados del Oriente por aquellos eximios maestros, que con amoroso celo habíanlos conservado en sus *madrisas* y *aljamas*, sacándolos á salvo de fanáticas persecuciones ó intolerancias, no ciertamente católicas (1). Así se acrecentaron en sumo grado las ciencias físicas y naturales, con ventaja del pátrio caudal científico y estos trabajos darían su fruto, cuando llegase el siglo de oro para todo linaje de adelantos, como le dió este mismo comercio intelectual con los orientales en el terreno filológico, para que las lenguas semíticas, en particular la hebrea, se estudiasen con esmero entre los nuestros, y entrada aquella venturosa época, pudieran favorecer á otro colosal esfuerzo de cultura literaria, á la obra estupenda de las *Políglotas*, con que España admiró á la Europa sábia, la *Políglota* de Cisneros ó *Complutense*, y la *Régia* ó de Arias Montano.

Otra labor importante procede también de la iniciativa literaria de D. Alfonso X y es la de las *Crónicas*, que perfeccionándose en los siglos xiv y xv con cronistas tan distinguidos como Sánchez de Tovar, Ayala, Pérez de Guzmán y Pulgar, y pasando por las manos de Zurita, Ocampo y Morales, daría por último resultado, un historiador y de la talla del P. Mariana. Pero más reclama nuestra atención

(1) Los almohades, y sobre todo Abdelmumen con su edicto, arrojaron á los rabinos de las academias y escuelas de Córdoba y de Lucena, las cuales se trasladaron á Toledo, merced á la protección que les concedió Alfonso VII el Emperador.

aquella clase de escritos, en que el génio español tocó la meta, y es la prosa didáctica-oratoria, de los asuntos morales, sagrados y religiosos. A la manera que un ténue hilo de agua que se desprende de la montaña, no parece que pueda ser el origen de lo que poco más allá se convierte en riachuelo y luego en río caudaloso, así en la literatura sería castellana no se creería que con tan modestos comienzos como los de San Pedro Pascual, autor de la *Glosa del Pater noster* y otros escritos análogos, había de llegarse á Don Alonso Tostado, y no tardando, á Fray Luis de León, con quien se abre la copiosísima série de nuestros escritores moralistas, ascéticos y místicos, que ella sola basta para conquistar eterna nombradía á un pueblo y á su literatura.

Este es el momento oportuno de poner en su punto el merecimiento que ante el fallo imparcial de la historia corresponde en justicia á una de las clases que mayor y más inmediata parte han tomado en la formación de la pátria y de la literatura; me refiero al clero, ó á la clase eclesiástica. Algo se ha podido rastrear de pasada en lo que anteriormente hemos expuesto; pero aquí es donde hemos de apreciar la obra del clero y de las órdenes religiosas, para mantener la fé y la piedad de los españoles, y dilatar juntamente con ellas el curso de la civilización y la cultura (1). A las órdenes religiosas pertenecen los celosos varones, que contribuyeron á engrosar con el caudal de su erudición y de su ciencia el río anchuroso y majestuosísimo de la elocuencia sagrada. Si hubiéramos de citar los nombres de todos, llenaríamos varias páginas; mencionando á los más conspicuos hay materia para ejercitar la memoria. Porque después de nombrar á León, Avila y Granada, sería imperdonable

(1) Sería este el lugar de que declarásemos, si hubiese espacio y no fuera harto sabido, cuáles fueron los servicios prestados por nuestros monjes en la Edad Media, conservando los manuscritos antiguos, que sin su paciencia é industria se habrían perdido. De lo que fueron y valieron los monges copistas es palpable y excelente prueba el famoso códice *Vigilano*.

omitir que la orden carmelitana dió á los dos grandes é incomparables místicos, los más remontados en la exposición de las cosas del cielo, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, la dominicana, al soberano de dicha oratoria, el referido Fray Luis de Granada, cuyo brillo eclipsa al de todos sus hermanos de hábito, la agustiniana á los PP. Marquez, Horozco, Fonseca, Malon de Chaide, Zárate, Gallo y Pedro de Vega; la insigne Compañía de Jesús á los PP. Rivadeneira, la Palma, Nieremberg, Roa, la Puente y Rodríguez y la franciscana á los PP. Ortiz, Fr. Juan de los Ángeles, Dueñas y Diego de Vega, todos ellos verdaderos maestros en sagradas letras y modelos de lenguaje puro y castizo. Nunca se encarecerá cuanto se merece la parte que estos varones espirituales tuvieron en pulimentar y brillantar el habla castellana, sin intentarlo, puesto que careciendo de pretensiones de retóricos ó de artistas de la palabra, su único móvil era la gloria de Dios y el bien de las almas. A ellos ha de acudir el que anhele familiarizarse con nuestros mejores hablistas: el que se apaciente con su lectura, formará un gusto exquisito, por hábito y asimilación, de las nobles perfecciones que realzan nuestro idioma (1).

Pero ¿estarán limitadas estas al tipo austero de los escritos serios? No ciertamente; pues que su flexibilidad y riqueza le hace apto para todo género de asuntos, aún los de naturaleza opuesta á los que acabamos de señalar ahora. Hablaban aquellos á las almas encaminadas por la senda de la virtud y de la perfección espiritual; y hay otra sección de prosa amena y deleitable dirigida á la multitud de lectores, que se solazan con las regocijadas invenciones del ingenio y con la pintura de costumbres, en que campean lo

(1) Por no alargar el texto, no añadimos la sección de poesía sagrada y religiosa, á la que pertenecen algunos de los citados, como Fr. Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, y en la que figuran dignamente entre otros, Fr. José de Sigüenza y el Maestro Valdiviello.

cómico y lo burlesco. La novela tiene un lugar distinguido entre nuestras composiciones en prosa. ¿Y cómo no, si al nombre del príncipe de nuestros novelistas van asociadas las prendas más perfectas del género y las bellezas y primores más geniales de nuestro lenguaje, del cual es Cervantes la norma y la pauta indefectibles? Mucho ha discutido la crítica y hasta ociosamente ha disertado sobre el oculto sentido y significación del *Quijote*: yo diré que aquel *manco sano*, de soberano y discretísimo ingenio, retrató á un *loco cuerdo*, como si en él, no menos que en su escudero, quisiera pintar el buen sentido y la sensatez que naturalmente y como por dón de raza, se encerraba en la mente y espíritu de los españoles, á pesar de su carácter soñador, idealista y aventurero, halagado y excitado por sus propios heroicos hechos y entonces por la lectura frecuente y perniciosa de los libros de caballería.

La nota de originalidad de la novela española que sirve de curioso documento á la historia, se halla en la llamada *picaresca*, porque dibuja una clase de la sociedad que sólo se conoció en España, y únicamente puede ser juzgada con el auxilio de estas producciones. El pulular, á consecuencia de las guerras y del descubrimiento de América, muchedumbre de españoles vagamundos impedidos por la necesidad, ó por afición á la vida suelta y maleante, fecunda en trazas y bellaquerías, como los llamados *cata-riberas*, descritos por Eugenio Salazar en su carta á Don Juan Hurtado de Mendoza, presta asunto á estas novelas, en que nuestro lenguaje festivo lozanea con flexibilidad y riqueza pasmosas, riqueza por cierto en vocablos y frases, que se ha dejado perder y debiera haberse conservado, siquiera en parte, porque el habla familiar es lo más íntimo y característico de un pueblo, y para que no se empobreciese la abundantísima lengua castellana, cuyos tesoros de este género no entienden los extranjeros, y lo poco que de ellos alcanzan, les mueve á

envidiar tal prodigalidad de variedades y filigranas de expresión popular. A este propósito consignaré el pensamiento, ya por otros formulado, de que el génio de España y de su literatura, poniendo en todo el decoro, la urbanidad y la limpieza, ennobleció hasta el lenguaje de los *pícaros*, de aquellos que, pertenecientes á las últimas capas sociales, ejercitaban sus maliciosas tretas y rufianescas habilidades en plazas y almadrabas, burlando la persecución de la justicia. Es medio propio y seguro para comprender el estado de aquella sociedad, en que bullían tantos ociosos, parásitos y *caballeros de industria*, formando tipos singulares, fruto natural de aquellas circunstancias, el leer las invenciones novelescas, henchidas de amenidad y gracia, que comienzan con *El Lazarillo de Tormes*, de Don Diego Hurtado de Mendoza, y se prolongan en las de Mateo Alemán, Vicente Espinel, Estebanillo González, Velez de Guevara y López de Ubeda. Ciérralas el por muchos títulos digno de encomio, Don Francisco de Quevedo y Villegas, eminente ingenio, tan idóneo para lo sério como para lo burlesco, aunque el vulgo más le conozca por lo segundo, porque en su vena de satírico, alimentada con los accidentes de su vida, ha creído descubrir su genialidad propia, compatible con la profusa variedad de sus talentos.

Así como hemos procurado determinar las notas específicas del génio nacional á través de la vida política, análogo estudio nos incumbe en lo que respecta al pensamiento científico, á lo que en el proceso de la ciencia y de la civilización española es más saliente, peculiar y característico. Este patrimonio de la española civilización pertenece á la esfera de la filosofía y de la teología, predilectas para España, en las cuales nuestros mayores ocuparon el primer puesto entre los sábios y dejaron trazado un surco profundo é indeleble. Ofrece la primera un sello de originalidad en Raimundo Lulio, en cuyas especulaciones, prescindiendo de su valor científico y del juicio que merezcan, se vislumbra

algo del brioso arranque, del atrevimiento, elevación y grandeza inherentes á nuestra raza. Esta originalidad del pensamiento filosófico español, que con el ínclito filósofo mallorquín del siglo XIII se manifiesta, denota la tendencia á desligarse de trabas de escuela y de imposiciones autoritarias: pero no la indisciplina heterodoxa, que salta y traspasa todas las vallas, incluidas las de la fé, la tradición y la enseñanza católica.

Carácter idéntico se ostenta durante todo el vasto desenvolvimiento de la filosofía española; la cual, no obstante el comercio intelectual con árabes y judíos, sale incólume de todos los escollos en que pudiera haber naufragado, como el averroísmo (1): y sin soltar el hilo de oro de la tradición cristiana, consigue, en alianza con la teología, grandes triunfos para la verdad, al llegar el momento en que la *barbarie germánica* apresta y multiplica las máquinas del error con el nombre de *reforma luterana*, para encender en Europa formidable revolución religiosa. La cual revolución, que había de traer desoladora perturbación á las inteligencias y á las sociedades, encuentra en España, y sólo en España, fortísimo dique é insuperable valladar por la tendencia á la unidad y la estable firmeza en la verdad de nuestros filósofos, maestros y educadores de aquellas generaciones, á las que comunicaron solidez en el pensar y elevación de ideas.

Los nombres de Foxo Morcillo, de Luis Vives, de Francisco Vallés, de Gómez Pereira, del P. Suárez, bastarán para comprobar la alteza y originalidad del pensamiento filosófico entre los nuestros y para demostrar también aquella cualidad que á los filósofos españoles distingue, su

(1) Tenían los españoles bien pertrechadas sus inteligencias por estar empapados en las obras de Santo Tomás, que había contundido por completo la herejía averroista, y en las doctrinas de Egidio Romano, quien á más de pulverizar los errores de Averroes, había impugnado eficazmente los de Avicena y Maimónides.

independencia, consistente en oponerse y resistir al yugo de la autoridad humana, mientras que, en cambio, se doblegan con docilidad al de la Iglesia. Además de los citados, deben enumerarse en igual concepto de filósofos los que mayor renombre alcanzaron en el de teólogos, Melchor Cano, los dos Sotos, Francisco Victoria, Vázquez, Bañez, Molina, Toledo, Lainez, Salmerón, Torres y Maldonado, para citar no más que á las grandes lumbreras de la ciencia teológica, por la cual descolló España entre todas las naciones, como lo patentizó singularmente en el famoso y tan español Concilio de Trento, donde brillaron asimismo por su saber en la ciencia del Derecho, Don Antonio Agustín, Don Diego Covarrubias y el arzobispo de Granada Don Pedro Guerrero.

No hemos de abandonar esta sección de los escritos en prosa, sin dirigir una rápida mirada al grupo de las *Epistolas* y *Cartas*. Contribuyendo estas por sí mismas á enriquecer el contenido histórico, es de otra clase su utilidad, bien que de grande y positivo valor; pues se consultan directamente como fuentes históricas, para depurar y rectificar los hechos, para conocer más circunstanciada y exactamente épocas y episodios, y aun conducen á retratar á muchos personajes, no completa ni certeramente juzgados por otros medios. La historia se ha formado en no pequeña parte, ó se ha esclarecido y consolidado con ayuda de correspondencias epistolares. España posee de ellas un cuantioso repertorio, sobre el cual han realizado fructuosos trabajos diligentes eruditos, así nacionales como extranjeros; siendo de lamentar que muchos de estos documentos, con que podría ilustrarse nuestra historia, no hayan todavía salido de la oscuridad de los archivos, en que yacen sepultados. La espontaneidad y la sencillez, la familiaridad, abandono y llaneza con que suelen redactarse, mayormente si no presidió la intención de que pasasen al dominio público, contribuyen á que penetremos en el cuadro de las costumbres y de la

sociedad de aquel tiempo y aún en el interior de la persona que escribe con sus propias ideas y afectos, todo lo cual añade valor é interés relevante á estas producciones, ya que como literarias les corresponda un lugar subalterno.

Muchos sucesos de épocas no bien conocidas reciben nueva luz y se aprecian en su total realidad por cartas, como las de Pulgar y las de D. Antonio de Guevara, estimables además en el concepto literario. (1) Son interesantes también bajo el aspecto histórico las del Cardenal Cisneros, las de la reina Católica, y las del insigne conquistador de Méjico, Hernán Cortés. Muy dignas de ser leídas y consultadas son las de Felipe II á sus hijas, las infantas Isabel Clara y Catalina, escritas durante su viaje á Portugal, cuya publicación debemos á Gachard, y por las cuales se transparenta la ternura de afectos y los sentimientos verdaderamente paternales de aquel grande hombre, calumniado como monarca y como padre; y las que mediaron entre Felipe IV y Sor María de Agreda, la venerable autora de la *Mística Ciudad de Dios*, correspondencia íntima y singular, que duró 22 años, dada á conocer por el señor Silvela, y en que se contienen multitud de luminosas referencias á sucesos tan importantes como la guerra de Cataluña y la caída del conde-duque de Olivares de su privanza. Encierran materiales históricos abundantes las Cartas de los P. P. Jesuitas sobre sucesos de la Monarquía entre los años 1634 y 1648: por ellas nos informamos de muchos hechos particulares acaecidos entonces, tanto en la córte como en los diferentes dominios que conservaba España y de las vicisitudes de la guerra mantenida por aquel tiempo en Italia, Francia y Alemania.

(1) Hacemos caso omiso del *Centón epistolario* del Bachiller Fernán Gómez de Cibdareal, porque la controversia crítica, que ha puesto en grave duda la autenticidad de esta colección y hasta la existencia del personaje, priva á tales cartas del valor histórico, que es el que aquí buscamos, dejando en ellas solamente el mérito literario, el cual, sea el que quiera, no es de nuestra particular incumbencia en este trabajo.



EL acontecimiento más grande y glorioso de nuestra historia, después de la consumación de la unidad nacional con la toma de Granada, es el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Para relacionarle con el objeto del tema, será bien recordar algunas de nuestras consideraciones preliminares, es á saber, la unión de las armas y las letras en nuestra historia, la asociación y fraternidad constante entre los que labraron la historia con su espada, su talento ó su celo civilizador y los que la escribieron ó reflejaron por medio de la pluma, con los frutos de su trabajo intelectual y de su ingenio. Un crecido número de éstos pertenece á la sección de Historiadores de Indias: de ellos muchos fueron á la vez que narradores, actores é intrépidos ejecutores de los interesantes sucesos que relatan, figurando en el catálogo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas, Bernal Diaz del Castillo, López de Gómara, Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Cieza de León, el Inca Garcilaso de la Vega, el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Antonio de Herrera y Fray Juan de Torquemada, llamado el Tito Livio de Nueva España. A tan estimables historiadores hemos debido el conocimiento de los hechos, que forman el tejido de la magnífica epopeya realizada por nuestros compatriotas en aquellos apartados países, como también de aquella espléndida y feracísima naturaleza, cuyas

maravillas y riquezas eran objeto de general curiosidad y asombro.

Por estas narraciones de vivo colorido comprendemos que aquellas vastas regiones llegaron á ganarse más por el poder de la fé y de la cultura que por el de las armas, y vemos que la hidalga y generosa España no tardó en implantar allá una civilización tan adelantada y completa, como la que aquí disfrutaban sus hijos (1). Las Universidades, escuelas y Colegios que se fundaron y el florecimiento de todo linaje de estudios y disciplinas confirma que los dominadores atendieron, después del objeto de salvar las almas de los indios con la verdadera fé, al de adestrarlos en el saber, letras y artes (2). Todo ramo de conocimientos humanos floreció de un modo sorprendente, y entre ellos es de contar el filológico, por la aplicación que hicieron de

(1) En prueba de lo que fueron é hicieron nuestros Virreyes, véase lo que el S. D. Luis Fernández Guerra, en su meritisima obra, premiada por la Academia Española, *Don Juan Ruiz de Alarcón*, dice de uno de ellos, Don Antonio de Mendoza:

«Carlos V envió por Virrey á Méjico á Don Antonio de Mendoza, quien, según parecer del historiador contemporáneo Fernández de Oviedo, supo organizar la conquista, reprimir muchos desmanes de aquellos tiranizadores aventureros, ver establecida una casa de moneda en la capital y sustentada la religión católica en diez insignes iglesias catedrales. Gobernó á Méjico por 16 años, cautivando su humanidad y dulzura el amor de los indios. Asistiólos como padre en la terrible epidemia de 1545: por su celo y providencia se propagó todo género de ganado, florecieron la agricultura y la industria, se descubrieron ó fomentaron muchas minas. A él debió Méjico su Universidad literaria y su primer imprenta. De su peculio costeó la expedición por tierra á el Nuevo Méjico, y dos por mar, una á las islas de la Especería y otra á la California. Mandó escribir el Libro de las cosas naturales y maravillosas de Nueva España y publicó 53 estampas de monumentos y objetos de arte mejicanos.»

(2) Al clero y á las órdenes religiosas se debió la fundación de los colegios de San Ildefonso en Méjico, de Santa Cruz de Tlalteloco, para la educación de indios nobles, de San Jerónimo, San Justo y Pastor, San Miguel, el Rosario y otros, como también el de San León en Caracas, y los de San Martín y Copa Cabana en Lima.

Muchos é interesantes pormenores referentes á esta materia para comprender hasta dónde se extendió la acción civilizadora de España en América, hállanse en la colección de *Cartas de Indias* publicadas por el Ministerio de Fomento en 1877; un tomo en folio de 877 páginas.

sus talentos para las lenguas, las mejicanas singularmente, nuestros misioneros y hombres eclesiásticos, señalados por sus grandes progresos en dominar y profundizar aquellos extraños idiomas.

Hoy más que nunca nos interesa como asunto de honra nacional, recordar la elocuente realidad de estos hechos. El desinterés, la alteza de pensamiento y las nobilísimas miras con que se emprendió el descubrimiento del Nuevo Mundo, siguió presidiendo á todos los actos y trabajos de colonización y conservación de lo descubierto. Colón se lanza á surcar ignotos mares, más que para abrir nuevas vías al comercio, para cumplir una misión providencial, de la que se juzgaba instrumento, y para hallar en los tesoros del Katay riquezas con que reconquistar el Santo Sepulcro. Como iluso le habían rechazado otras naciones, muy celosas de los progresos náuticos y descubrimientos geográficos y sobrado atentas al desarrollo de los intereses materiales; aquí son sus primeros y más decididos valedores dos humildes frailes, el P. Fr. Juan Pérez y Fr. Diego de Deza. Su protectora la reina Isabel se brinda á despojarse de sus joyas, pensando en las almas de los infieles, no en las riquezas de las minas, y en su testamento consagra una cláusula, dictada por su ferviente celo cristiano, en favor de los indios. Más tarde, Felipe II se opone al abandono de las islas Filipinas que, dicho sea de paso, habían sido fácilmente conquistadas más por la acción de los religiosos que por la de los soldados, fundándose en no querer dejar entregados al error á aquellos indígenas. Por el mismo Felipe II fué dada una cédula, citada por el Fiscal Espinosa, con motivo de las obras que en ciertos lugares de Méjico habían de practicarse, en que se prohíbe terminantemente que los naturales trabajen dentro de las minas; *pues S. M. quiere más la conservación de la vida de un indio (sic) que todas las riquezas de las Indias.*

En las acciones heroicas de los descubridores y conquistadores, lo religioso se anticipa y sobrepuja á lo temporal y político. Cortés no es menos héroe, y acaso aún es más grande cuando derriba los ídolos de los indios, que cuando quema sus propias naves. Los misioneros iban delante de los soldados, y la Cruz era plantada antes que el estandarte real en los nuevos territorios é islas, que se adquirían para España. La Legislación de Indias, dada por nuestros reyes para el gobierno de América, es código admirable, en que sobresale un espíritu de rectitud, de humanidad y de justicia, que han reconocido aún nuestros mismos enemigos (1). En una palabra, América fué deudora á España de incalculables beneficios de todo género, cuya magnitud é importancia resaltan más hoy en las desconsoladoras circunstancias sociales de Europa y del mundo, y en el actual estado á que se vé reducida nuestra pátria. Los principios de respeto á la dignidad humana, de justicia, de libertad y de caridad cristianas, que los españoles, compañeros de Colón llevaron en sus frágiles carabelas para difundirlos y aplicarlos en el Nuevo Mundo, por ellos arrancado al secreto de los mares, é incorporado á la vida de la historia, fueron y serán siempre harto más civilizadores que los del positivismo y utilitarismo moderno, entronizadores del bárbaro derecho de la fuerza, que en sus potentes acorazados

(1) No cabe aquí, aunque bien sería, el tocar la cuestión de la esclavitud de los indios. Los Reyes Católicos, por boca é informe de sus juriconsultos y teólogos, declararon que «todos los indios eran libres y debían ser tratados como tales». El emperador Carlos V expidió real cédula prohibiendo hacer esclavos en Indias sino con suficiente información hecha al Gobernador y oficiales reales; creó además el cargo de Protector de indios, que encomendó á los primeros Obispos de Tlascala y Méjico; y habiendo sabido se cometían abusos por la codicia de algunos capitanes, dictó un mandato, en cuya virtud no se pudiesen hacer esclavos en Indias, aunque fuesen habidos en justa guerra.

Perjudicó inconscientemente al buen nombre de España en esta materia el P. las Casas, por su carácter impetuoso, unido á un sumo celo caritativo, dando motivo con sus escritos á las inculpaciones, no bien justificadas, que nos dirigieron los extranjeros.

traen hoy las naciones sucesoras de nuestro antiguo bienhechor poderío.

Forzoso es, antes de proseguir, que volvamos la vista atrás, para no dejar en silencio algún punto, que ofrece verdadero interés en relación con nuestro propósito; los hechos literarios é históricos resultantes de la convivencia de los españoles por espacio de siglos con numerosas gentes, diversas en religión y raza, cuales fueron árabes y judíos. Pregúntase el curioso escrutador de las cosas íntimas de nuestra nación qué efectos produjo aquella secular vecindad, qué recibieron y qué no tomaron los españoles de los musulmanes y de los hebreos, si ganaron ó perdieron con su roce y comunicación, y cómo se hubieron en su trato con ellos en virtud del carácter y del pensamiento nacional y á través de las vicisitudes surgidas de su permanencia entre nosotros.

Comenzando por los mahometanos, conocidos vulgarmente con el apelativo común, bien que impropio, de árabes, por más que algunos apologistas exagerados de su cultura los hayan pintado con colores demasiado lisonjeros, ya no puede dudarse que eran, en su mayoría, especialmente los berberiscos, gente ruda y feroz, y que la raza vencida de los hispano-godos los superaban mucho en toda manifestación de vida civilizada, en cuya senda habían avanzado largo trecho, merced á la sábia dirección de los Obispos. Las librerías que éstos trabajosamente habían formado en las iglesias y monasterios, fueron utilísimas á los árabes, cuando, pasado el período primero y más agitado de la conquista, se aplicaron al ejercicio de las letras; así lo aseguran severos y bien informados historiadores: Jourdain habla del *Colegio de traductores toledanos*, y en el mismo sentido favorable á los indígenas, se expresa el P. Tailhan, en su *Apéndice sobre las bibliotecas españolas en la Edad Media*. La participación que tuvieron en el movimiento filosófico de aquella edad, necesitó del auxilio de nuestros

traductores, á la cabeza de los cuales sobresale el Arzobispo Raimundo, según confesión del mismo Renán. El esplendor que las ciencias y letras de los árabes alcanzaron durante su siglo de oro, que fué la época del Califato de Córdoba, debióse en parte á la política de tolerancia con los cristianos; que no podía ser duradera, por la condición misma de las doctrinas mahométicas, sustentadas por alfaqués y pueblo fanático, de suyo propensas á la guerra, al exterminio y á la intolerancia. La cual había estallado ferozmente en el período anterior con el sangriento episodio de la persecución de los muzárabes, en otro lugar referido, y sobre cuyas causas dice el Sor. Merry y Colón: «Ningún cristiano era molestado en Córdoba por sus creencias; los actos públicos de su culto le eran permitidos; tenían sus templos, celebraban sus fiestas; daban sepultura con solemnidad á sus difuntos; pero á trueque de estas ventajas, se hallaban agoviados con impuestos enormísimos. Hé aquí la causa de la tolerancia con ellos tenida; y tan cierto es esto, que cuando en los días de Abderramán II, tuvo lugar la persecución contra los cristianos, y vieron los musulmanes las víctimas numerosísimas, que eran sacrificadas por la fé de Nuestro Señor Jesucristo, temieron que había de disminuir notablemente el producto de los impuestos, toda vez que se aminoraba con el martirio la población cristiana, y acudió el mismo Emir á nuestros Obispos, en demanda de que disuadiese del martirio á los heroicos cordobeses».

Los períodos del predominio del elemento africano, tanto de almoravides como de almohades, en mayor grado el de estos últimos, fueron infaustos para las letras y para la cultura de los árabes: de la cual los españoles habían ya extraído el jugo y elementos que les convenían, ó que más necesitaban, llegando después á adquirir sobre ellos una superioridad general y completa. Por lo que toca á sus errores, los habían evitado, salvo rarísimas excepciones, como la de Gundisalvo, arcediano de Segovia, quien se

resintió algo del panteísmo de Avicibrón, sin él conocerlo.

En cuanto á los judíos, la cuestión se presenta compleja, siendo menester dividirla en dos partes, la científica y la política; en ambos conceptos sube de punto el mérito y la gloria de los españoles que, tomando de los hebreos lo sano, útil y aprovechable, ni se contaminaron con sus erróneas doctrinas, ni tampoco se vendieron, antes permanecieron firmes, sin abdicar de su libertad é independencia, en favor de la cual hicieron reiteradas y vigorosas protestas; que si cometieron á veces tumultuarios y sangrientos excesos, siempre dignos de reprobación, motivados estaban en la provocadora actitud, en la rapacidad y en la perfidia de los incorregibles israelitas. Podrá ser objeto de discusión el hecho literario, el valor científico de los hebreos, ya en sí, ya en su cooperación para levantar el edificio de la ciencia y de la literatura española; pero no cabe discutir sobre el hecho histórico de la animadversión profunda, el ódio encarnizado que los cristianos abrigaban contra los judíos, y de cuya expresión todavía perduran hoy mismo algunas inextinguibles reliquias en el común sentir y hablar de nuestro pueblo.

Los hebreos conversos fueron los que prestaron mayor concurso con su erudición y su ingenio á las letras castellanas, tanto en verso como en prosa, distinguiéndose Jerónimo de Santa Fé, Pablo de Santa María y Juan Alfonso de Baena, compilador este último de un Cancionero y cultivadores los primeros de la forma didáctica, que era la que mejor cuadraba á su condición y estado, como también á su anhelo de atraer al campo de la verdad á los obcecados y contumaces de su raza.

Los judíos eran aborrecidos del pueblo por su conducta en el órden religioso, por su proselitismo para el mal, tan activo y audaz, que introducía la perturbación en las conciencias de los buenos cristianos, por su solapada habilidad

en impeler á la apostasía á los débiles é incautos, por sus secretas abominaciones, profanaciones de la sagrada Hostia y crucifixión de niños, como el de La Guardia y el Santo Dominguito de Zaragoza. Pero aparte de estos hechos, públicos y probados, ya suficientes para sublevar el ánimo de muchedumbre de cristianos, en quienes ardía muy viva la llama de la fé, les desfavorecía grandemente su fama de logreros; pues hacían víctimas de sus rapacidades y codicia á muchos pobres. De excesiva prosperidad gozaron durante el siglo xiv, por el arrendamiento de las rentas reales, por el ejercicio del comercio, de las artes mecánicas y de la usura: unido esto á la ferocidad de costumbres de aquella época, produjo la violenta explosión de rencores de los cristianos con horribles matanzas en varias ciudades (1). El terror de los perseguidos por la ira popular dió por resultado un cúmulo de atropelladas y falsas conversiones, y por ende, la existencia de los judaizantes secretos. No fué bastante para remediar este inmenso daño la caridad y mansedumbre de San Vicente Ferrer en Valencia; pero mucho alcanzaron sus esfuerzos de varón apostólico y catequista, señaló el procedimiento que debía seguirse y al judaismo se le arrebataron numerosos sábios y doctores. Arreciando el peligro de la perversión por la propaganda judaica, aumentaron de un modo alarmante los casos de apostasía, y el celo de los obispos reclamó medidas enérgicas, tales como el grado y calidad del mal lo requerían. La Inquisición fué una necesidad para salvar la fé del pueblo español, cuando los Reyes Católicos obtuvieron del Papa Sixto iv la Bula, á fin de establecer su Consejo. El pensamiento político vino á completar el pensamiento religioso con el edicto de

(1) Sucesos análogos y aun más atroces ocurrieron contra la raza hebrea en Francia, en tiempo de Felipe Augusto, en Inglaterra, en los días de Ricardo I, en Alemania, en 1349, y en Portugal en el reinado de Don Manuel. Las causas eran semejantes en todas partes, y formaban como una general atmósfera, de que todos participaban, reyes y vasallos.

expulsión, dado en 31 de Marzo de 1492; acerca de cuyo controvertido asunto dice el Sr. Menendez Pelayo: «¿Quién se opone al sentimiento de todo un pueblo? Excitadas las pasiones hasta el máximo grado, ¿quién hubiera podido impedir que se repitiesen las matanzas de 1391? La decisión de los Reyes Católicos no era *buen*a, ni *mala*; era la única que podía tomarse, el cumplimiento de una ley histórica».

Las inmensas riquezas de los judíos no les valieron para conjurar la tormenta que iba á descargar sobre ellos, recurso que para defenderse contra los almoravides y Yusuuf, sus opresores y perseguidores, habían empleado con éxito: tanto el pueblo como los reyes prefirieron los bienes espirituales á los temporales, y Torquemada fué intérprete del sentimiento popular, al presentarse en la cámara régia con un Crucifijo y decir á los monarcas: «Los ascendientes de estas gentes vendieron á Cristo por 30 dineros, y ¿serán capaces vuestras majestades de venderlo de nuevo por 30.000 maravedís?»

El peligro referente á la integridad nacional, que entre otras razones, se había tenido en cuenta al expulsar á los judíos, renovóse con motivo de los moriscos en el reinado de Felipe III, cuando acababa de costar larga y penosa guerra el someter su rebelión armada; pero medió antes madura deliberación y consulta á muy autorizados varones, uno de ellos el bienaventurado Juan de Ribera, el cual, por haberlos tratado de cerca y trabajado en su instrucción, conocía mejor que nadie las malas artes de aquellos sospechosos súbditos, de quienes se afirmó en el concienzudo informe correspondiente que «componían una multitud de enemigos jurados capaces de formar ejércitos y también conducirlos de Africa». Demostróse en tal ocasión que España, aún exponiéndose á pérdidas en intereses materiales, hacía este sacrificio en aras de otros más elevados y respetables, cuales eran la unidad religiosa y la unidad é integridad

nacional, que sin esta medida se veían seriamente amenazadas.

Por comprobación de los hechos internos concernientes al criterio nacional en punto á intereses de todas clases, los materiales y los políticos y sus relaciones, y para terminar con una observación general la parte de historia crítica del siglo xvii, juzgamos oportuno aducir un testimonio, digno de ser meditado, y que abraza varios é interesantes aspectos de dicha historia interna; la manifestación que en el año de 1605 hizo el embajador de Venecia, Simón Contarini, á su república: «Tratar conviene á los españoles bien, conocido el natural de esta nación, tan constante en no perder lo que tienen; pues así como ahora les causa descuido la posesión pacífica de tantos reinos, despertarían con la ofensa. Ninguna se les puede hacer mayor que dejarlos consumir y acabar con su mal gobierno. Acudiendo cada uno al bien particular, no se cuidarán del bien público y vendrán á emplearse los tesoros de Indias en gastos supérfluos é impertinentes, hundiéndose la nación en envilecida pobreza».

Así pensaba España, y tal concepto se tenía de ella en el tiempo de su mayor engrandecimiento político.



HEMOS dado cima á nuestro trabajo; se recordará que no nos propusimos seguir paso á paso todo el desarrollo literario é histórico de nuestra pátria hasta los presentes días, tarea imposible dentro de los límites impuestos á una disertación académica. Aún interrumpiendo el curso de nuestras observaciones en fines del siglo xvii, con lo expuesto dejamos probada la tésis que anunciamos, porque hemos explicado las relaciones entre nuestra literatura y nuestra historia y dado á conocer á grandes rasgos, pero íntegramente en lo substancial, lo que fué el carácter y el génio español, manifestado en los fastos de la historia y de la literatura, lo que llegó á ser la vida política y social de España, reflejada en esa misma literatura, utilísimo documento histórico, durante los siglos de su mayor expansión y vitalidad nacional. Lo que resta decir en cuanto á la síntesis de los hechos y al juicio que merecen, puede compendiarse en pocas palabras, porque el siglo xviii fué de transición, de crisis y de lucha interior, y de preparación para lo que había de ser el siglo xix, este nuestro siglo en que hemos vivido, y del cual nos despedimos en estos momentos, pensando en la grave responsabilidad que ha contraído ante la historia, bajo cuyo fallo va á presentarse, y

conservando triste impresión de sus infecundas luchas y ruidosas agitaciones, de sus contrastes de grandezas y miserias, de sus generales y profundos trastornos y de su desequilibrio entre el reino de la materia y el del espíritu.

Con la desaparición de la dinastía austriaca, los últimos alientos de la vida política de España, ya tan lánguidos y apagados, ván á extinguirse totalmente. El advenimiento de aquella nueva centuria coincide con el de una nueva dinastía, la borbónica, suceso capital y de los que forman época y que equivale al triunfo definitivo de la influencia francesa con todas sus consecuencias, hasta en la órbita literaria. Luis XIV, al entronizar á su nieto en el sólio español, satisfaciendo las antiguas aspiraciones de su Casa, vé convertido en realidad su sueño dorado de alzarse árbitro y dueño absoluto de la política europea, arrebatando cetro y supremacía á la nación española; pero ni sus actos, ni su poder, con ser tan grande, conseguirían cambiar el carácter y la vida interior de España. Al exclamar:—«Desde ahora ya no hay Pirineos»—formuló un pensamiento, cuyo alcance parecería exagerado entonces, cuando sólo era prematuro, parcial é incompleto, y cuya completa realización habían de ver otras generaciones posteriores. Hubo todavía *Pirineos*, porque el carácter nacional, que era el alma de la pátria, la médula y quinta esencia de su vida, se conservó, por lo pronto y á pesar de todo, vivo é intacto; hasta que al fin, allanados ó derrumbados los *Pirineos*, después de la guerra de la independencia, última y viril demostración de aquel carácter, las doctrinas de la revolución francesa, antes inoculadas en un corto número de los llamados *ilustrados*, pertenecientes á las clases directoras, comenzaron á propagarse activamente en las filas de la clase media, é invadieron luego todos los espíritus.

Tras de la guerra de sucesión, infausta para las letras, había de venir la restauración política, y con ella se enlaza la restauración literaria. Felipe V, fundador de la *Academia*

española ó de la lengua, se aplica á españolizarse, movido por su propio interés y por el deseo de recompensar la adhesión de los españoles, que afianzaron en sus sienas la disputada corona; al par que el gusto francés y la escuela neo-clasicista, que con él habían entrado, tienden á modificarse, para hacerse adaptables aquí, al ponerse en contacto con los elementos nacionales. Verificándose este fenómeno de un modo más patente en el género dramático, que había sido el último en guardar los restos de nuestra grandeza literaria, como en mostrar los efectos de la general decadencia, vino á resultar que entre Boileau y Luzán, á pesar de la comunidad de origen y de los rasgos de semejanza, existiese considerable distancia, como la hubo entre la comedia francesa y la moratiniana.

Moratín (D. Leandro) continuador del pensamiento de su padre D. Nicolás, es quien representa la reacción y la protesta del génio nacional, que no se resignaba á ser ahogado por la influencia francesa, aún reconocida la necesidad de cambiar las formas, de reformar el gusto y encauzar el arte con arreglo á nuevos cánones. Españolizando, que no copiando servilmente, las comedias de Moliére, imitó las costumbres nacionales: en esta misma empresa le acompañó conquistando el aplauso del pueblo con la imitación de algunos de sus clásicos tipos, D. Ramón de la Cruz, notable por el mérito de la *realidad*, por la verdad y el colorido de sus juguetes escénicos.

La interna y profunda mutación, la radical modificación del sér moral de la nación española se había, por fin, verificado. Lo que no había logrado antes el protestantismo, lo consigue ahora en el siglo décimo octavo, la revolución bajo el nombre de *enciclopedia*. El enciclopedismo, enseñoreado de todos los focos de vida intelectual de Europa, dominaba ya también dentro de España en la región de los principios, y contagiando, como á los pensadores y hombres de Estado, á los poetas, había agostado la flor del

sentimiento y de la inspiración en su rama más genuina y nacional, la manifestación religiosa y patriótica que, juntas é inseparables, habían florecido en los mejores días de nuestra literatura, y que al separarse, tomando la segunda diverso carácter, ponen al descubierto el estado de los espíritus y la profunda transformación que se obraba en el seno de la sociedad española. El gran lírico de aquella centuria, Quintana, no encuentra en su lira la cuerda del sentimiento religioso, y sí solamente la del patriótico en su oda *Al armamento de las provincias españolas contra los franceses*. Al lado del patriotismo de buena ley, aparece con el canto *A Padilla*, otro adulterado por errores políticos, que las ideas ultra-pirenáicas nos habían infundido, inclinándonos á mirar bajo un nuevo prisma nuestra política tradicional y á falsificar y calumniar nuestra propia historia; y el humanitarismo y el progreso humano, tal como le enseñaron y pusieron en moda los enciclopedistas, y fruto también de las mismas doctrinas revolucionarias, le inspiran su oda *A la invención de la imprenta*; en vista de lo cual, compréndese cuánto se había apartado nuestra musa de la lírica de los Leones, Herrera y Rioja, verdaderos maestros y representantes de la poesía nacional y genuinamente española.

El apellidarse esta edad de decadencia, no tanto debe fundarse en el hecho de que predominasen los copleros sobre los ingenios dotados de verdadero númen poético, cuanto en el de la desviación de la poesía y de los poetas del cauce de la inspiración nacional, por haberse secado las fuentes de la poesía con la admisión de novedades filosófico-revolucionarias, y con la intrusión del nuevo elemento, la *política*, vocablo de sentido y efecto fascinador en aquellos días, dentro del cual se encerraban todas las ilusiones y todas las reformas, recibidas con febril entusiasmo de los enciclopedistas, enderezadas al fin de que á la España antigua sucediera otra España radicalmente diversa, y á su

constitución secular reemplazasen Constituciones escritas modeladas en patrones franceses é ingleses, todo fundado en doctrinas que, aunque repugnantes entonces á la masa general del pueblo, se le irían infiltrando de un modo hábil y suave, paulatina é insensiblemente, bajo la cobertura de nombres seductores y títulos engañosos (1).

La extranjerización de España habría de ser obra de larga duración; y aunque ya Quintana decía que *comíamos, vestíamos, bailábamos y pensábamos á la francesa*, todavía nuestra pátria se opondría tenazmente por mucho tiempo á mudar de ideas y de costumbres, por cuanto el cambio había de ser substancial y completo, y lo antiguo se hallaba tan profundamente arraigado. La mudanza en el pensar, ó en la región de los principios, era lo que más importaba y apremiaba á los revolucionarios de fuera, enemigos de nuestra pasada grandeza, cuya clave entendían mejor que nosotros mismos; por eso pusieron mayor empeño en que la sensatez de las clases superiores é ilustradas flaquease y se dejase alucinar por el tentador aliciente de las sociedades secretas, y en que el antiguo y recto patriotismo de las clases populares fuese sustituido por la patriotería, bullanguera y sediciosa, motora de *pronunciamientos*, con grave menoscabo del principio de autoridad y de la fuerza y disciplina militar, y co-autora por estos medios de la pérdida de nuestras vastas y ricas colonias (2).

La crisis para la transformación radical de la nación española, y por consiguiente de su literatura, había de ser

(1) Cuán grande y avasalladora sería la influencia de tales nombres en su primera aparición, puede calcularse, reflexionando que hoy mismo, aun después de ochenta años de ruinas, desilusiones y frustradas esperanzas, que han seguido á las palabras, todavía para una gran parte de vulgo no han perdido completamente su fatal hechizo.

(2) Según afirmación del P. Torrubia, primero que dió noticias acerca de las sociedades masónicas, después de bien informado en sus viajes por Francia é Italia, el peligro mayor procedente de la acción de las lógias, cuando aun había pocas en España, estaba en nuestras colonias, por el trato de ingleses y holandeses.

tan lenta y laboriosa, como que se prolongaría por espacio de otro siglo; y en efecto, el XIX no se distinguiría por otra nota, que por esta misma de la lucha entablada entre lo antiguo y lo nuevo. El espíritu del error y de la innovación anti-religiosa, avanzando resueltamente, por juzgarse ya seguro del campo, procedió con más ruda franqueza en todos sus ataques, y trabajó más al descubierto, sin disfraces ni rebozo, pero aún no pudo gloriarse de haber arrebatado su alma á España, ni de haber cambiado su sangre generosa y pura á este pueblo magnánimo, sin igual entre todos los pueblos del mundo; todavía en la esfera literaria se sintió palpitar á la España del glorioso pasado, sensata y cristiana, al hacer frente á la novedad peligrosa del *romanticismo*, sacando, á vuelta de extravíos aislados, de esta misma novedad, modificada y depurada, algún provecho y adaptación á lo antiguo é indígena, como se manifiesta en el duque de Rivas, restaurador del romanticismo á la española, y por fin, en el gran poeta, que todos hemos visto bajar al sepulcro, nuestro inolvidable Zorrilla, cuyo nombre ha de ser el último que aquí pronunciamos y con legítimo orgullo, como una de las modernas glorias literarias más eminentes de este noble solar castellano en que hemos nacido. La extraordinaria popularidad obtenida por Zorrilla, el más español y el menos contaminado de su tiempo, el inspirado génio de las leyendas, el cantor de *María* y de *Granada*, el autor de *El zapatero y el Rey* y *Don Juan Tenorio*, sin disputa se debe á reflejar y resucitar en el corazón del pueblo sus viejas y amadas tradiciones, los ideales de su vida antigua y gloriosa, aquellos ideales que le habían hecho grande, con inmortal grandeza, en armas y en letras.

VIII



HEMOS concluído, no ciertamente sin haber experimentado y aún producido en vosotros la fatiga consiguiente al intento de recorrer el vasto panorama de nuestra literatura, hija y hermana, á la vez, de nuestra historia, Vana, aunque agradable, sería nuestra labor, si de ella no resultase un fin de utilidad y de enseñanza. A bien que para recoger este fruto, no necesitamos violentar el discurso, ni emplear esfuerzo alguno por nuestra parte; que harto persuasivo es de suyo el cotejo de los hechos literarios con los históricos, siendo lo presente, como por desdicha lo es, en todo, una antítesis perfecta de lo pasado. Si la historia es la maestra de la vida, ¿por qué hemos de negarnos á recoger sus saludables enseñanzas? ¿por qué la nuestra, con sus auxiliares, no ha de aleccionarnos, suministrándonos luz para rasgar las tinieblas que á trechos envuelven las pasadas edades, y para esclarecer los vagos horizontes de lo porvenir, en provecho común y de la pátria? Habiendo en nuestra historia puntos recónditos y lugares poco explorados, sobre los cuales y para su dilucidación y exacto conocimiento ejerce la crítica escrutadoras investigaciones, nos importa ver en la literatura algo más que un objeto recreativo y de solaz del espíritu, valernos de esta clara antorcha

de la vida literaria, merced á la cual descubriremos razones supremas luminosas. leyes históricas regulares y constantes, aplicables á nuestra España, que para muchos pasan inadvertidas.

Dáse impropriamente el nombre de problemas á muchos que no lo son, pero que se califica de tales, y su solución no se halla, ó no se quiere ver, porque dichas leyes quedan ignoradas. ó porque los críticos se resisten á guiarse por el único criterio que da razón y explicación adecuada de lo que, á primera vista, parece inexplicable. Y si de lo pasado trasladamos nuestra atención á lo presente, cuya característica no es la decadencia, sino otro fenómeno mucho más grave, que se llama degeneración, es cosa que maravilla que se hayan forjado problemas á granel, llegando á ser todo problemático y todo discutible con el triste motivo de nuestra postración y ruina, caótico estado procedente, en gran parte, de haberse perdido aquella brújula, que nunca perdieron nuestros progenitores en medio de sus mayores infortunios y de las más furiosas borrascas de la pátria. Pero así acaeció por ventura, porque jamás dejaron de ser con verdad y en toda realidad *españoles*, es decir, porque interrogaron en su propia casa y no en la de los vecinos, el secreto de la curación y el remedio de los males. En cambio, en nuestros miserables días vemos que, descuartizando la hermosa lengua castellana, ya tande figurada por galicismos, con el bárbaro vocablo de *europeizar*, se apela al insensato recurso de rebuscar en el extranjero algunos girones y retazos, con que aderezar vestido nuevo á esta desgraciada pátria, á quien sus ingratos y desatentados hijos tratan como á un maniquí, capaz de llevar cualquier traje, ideado por el capricho ó por la moda de ultra-puertos. Como si las naciones no recibiesen del proceso de los siglos, ya que no se quiera decir de la Providencia, aquel molde particular, que natural y verdaderamente se les adapta.

¿No sería mejor y más eficaz para el caso *españolizar-nos*? devolver á España los caracteres fundamentales que constituían su propia fisonomía interna, ya que lo accidental es progresivo, variable y sujeto á imperiosas mudanzas, aquellos esenciales caracteres, en mal hora perdidos, que unificaban y aseguraban su vida, que la daban incontrastable fuerza por la unión, la cual resultaba estrechísima y perfecta, cuando todos sus hijos, miembros de una sola familia, tenían un mismo corazón, un mismo pensamiento, y hablaban y se entendían en una misma lengua?

No traigamos á colación, en esta última y pavorosa crisis, el nombre de Europa, sino para procurar que esa misma Europa, que ya nos compadecía por nuestra desgracia, no nos entregue al escarnio y al ludibrio, merecidos por los pueblos degenerados y caducos, que se muestran indiferentes y bien hallados con su oprobio, mil veces peor que la material pobreza, ó que renegando de su pasado y maldiciéndole, ponen su salvación en el suicidio. Esa misma Europa sabe muy bien lo que el exámen histórico-literario demuestra plena y palmariamente; que España nunca fué una nación de mercaderes; y no podrá menos de inspirarla sonrisa, la humillante sonrisa del desprecio, el contemplar que, haciendo bancarrota de nuestras tradiciones y de nuestras glorias nacionales, solicitemos y esperemos nuestra regeneración *exclusivamente* por el culto de los intereses materiales y mercantiles, cuando hemos abandonado el culto del verdadero Dios y de la fé católica, único que nos hizo ricos y fuertes, grandes y felices, tanto como ahora somos pobres, débiles y desgraciados. Sabe esa Europa que, al compás que en España se enflaqueció la fé, se perdió en ella el nervio, el vigor y la entereza, y también la ciencia, y prevé que, descendiendo más y más por esta pendiente, llegará á la anulación completa, al servilismo abyecto, precursor de la servidumbre, y al total y general embrutecimiento.

Propio es de buenos hijos blasonar con ingenuidad y calor de que sus padres fueron honrados, y defender ahincadamente su honra, que es también la propia honra del hijo. Ahora bien; de nada tenemos que avergonzarnos como españoles: pensemos en que somos hijos de buenos y honrados padres, cuales son la literatura y la historia de España, que en sucinto bosquejo he presentado á vuestra vista. Esa es nuestra limpia ejecutoria; en ese espejo debemos mirarnos con justo envanecimiento y á la vez con provecho, porque así nos persuadiremos de que la grandeza moral que, en medio de nuestros yerros y decadencias, habíamos conservado, hasta este moderno período de revoluciones y de evoluciones alrededor y dentro de la revolución, es mil veces superior á las efímeras grandezas materiales, de que otros pueblos hacen fastuoso alarde en la Europa moderna, por esa misma revolución descristianizada.

No desvariemos al indagar el origen de nuestros males y desgracias; que con harta claridad lo delatan los hechos, tan notorios y patentes, que sólo un ciego voluntario puede negarlos. Tengamos valor para confesar y publicar la verdad. España ha dejado de ser grande y hasta ha perdido la noción y el sabor de la grandeza, desde que ha dejado de figurar y señalarse en el mundo por sus obras como nación católica, desde que lo es solamente de nombre y de recuerdo, pero no prácticamente y de hecho, como antes lo había sido. En España se ha dejado de hablar en español, de escribir en español, de pensar en español y de obrar en español, desde que se ha dejado de hablar y escribir, de pensar y de obrar en cristiano, y esta esencial mudanza, cuyas consecuencias habían de ser necesariamente trascendentales en sumo grado, comenzó desde que españoles, ofuscados por principios extranjeros, se obstinaron en trocar el oro puro de nuestra libertad antigua y castiza por el oropel de las libertades modernas, cuyos frutos estamos

tocando, el de nuestra sólida, verdadera y envidiada ciencia por el de falsos y mentidos progresos y en deshacer y derribar, en fin, la obra magnífica é incomparable de los Reyes Católicos, de Carlos V y de Felipe II: obra que desaliaba á los siglos y de la cual quedan venerandas ruinas.

Los modernos procedimientos tienen probada su impotencia, y absurdo será que se procure el remedio por los medios y agentes que causaron el daño. No se inventarán, para impedir ó contener la desunión de los españoles, nuevos lazos más fuertes que aquellos que conocía la España antigua. Si algún día se trata de reconstruir nuestra antigua casa solariega, ya sabeis con qué materiales, elementos y planos ha de efectuarse, para que reuna garantías de solidez y firmeza. No necesito insistir mucho en ello, dirigiéndome á este Claustro tan ilustrado como sensato y viendo ejemplos prácticos de sano criterio en los doctos profesores que me escuchan.

De todos quiero hacerme intérprete en este momento, para enviar un saludo al que regía este Establecimiento docente al empezar el curso pasado y al que desde el presente ha de dirigirle; reciban ambos la expresión de nuestro afecto, fundada en la respetable ancianidad y laboriosa vida profesional del uno y en las dotes científicas y de carácter que adornan al segundo. Dos dignos catedráticos faltan de entre nosotros, y dejan un vacío en las Facultades de Derecho y Medicina respectivamente, sin ser la muerte la que nos haya privado de ellos, y el Claustro vé con sentimiento su ausencia, recordando sus servicios y merecimientos, apreciados por generaciones de discípulos, que con ellos se formaron, especialmente con el primero, sobre cuyos singulares títulos á la justa estimación de todos, no debo detenerme, por lo mismo que son conocidos los vínculos que me ligan con su persona.

Para vosotros, jóvenes alumnos, sean mis últimas palabras. A vosotros, obreros del porvenir, dotados del entusiasmo y vigor propios de vuestra hermosa edad, os toca un difícil, pero honroso trabajo. Si el siglo xx ha de ser, como esperan los pensadores optimistas, el siglo de las grandes afirmaciones, ya que hasta ahora la sociedad y el mundo han vivido bajo la grave pesadumbre de todas las negaciones y entre las rudas convulsiones de la duda y de la incredulidad, aportad vosotros á la reconstrucción vuestro grano de arena, la parte de las afirmaciones católicas, únicas salvadoras. Ellas constituyen el riquísimo legado de la España antigua, madre y nutriz, en los días de su sólida ortodoxia, de las ciencias todas, singularmente de las que al orden, al equilibrio y al bienestar social interesan. De vosotros depende el que nuestro privilegiado país continúe reputado como una nación civilizada, y no sea borrado del mapa de los pueblos cultos, según es de temer, por el crecimiento de una bárbarie, peor que africana, ya iniciada, y que nuestra bella y armoniosa lengua, elevada de su actual desprecio y abatimiento al lugar de preeminencia que la corresponde, siga siendo el apropiado instrumento, gratísimo á propios y extraños, de todo lo grande, bueno y verdadero.

No empañéis vuestro corazón con el hálito emponzoñado del vicio, ni vuestra inteligencia con las sombras aletargadoras del error. Si os estimula el deseo de la gloria, no olvidéis que el trabajo, el estudio y el cumplimiento del deber son siempre y á todos indispensables, y que en todas las aplicaciones del talento humano, el pensar bien es el principio y fundamento del bien hablar y del bien escribir. Vivid alerta y con cautela, andando siempre en compañía de los mejores y más recomendables hablistas de nuestro siglo de oro; pues no faltarán sofistas y vividores de la mala prensa, corrompidos y corruptores en el fondo y en la forma, que, desapegándoos del estudio sério y alejándoos

de nuestras apacibles bibliotecas, tratarán, por medio de lecturas frívolas, de disipar vuestro espíritu, falsear vuestra ilustración, destruir la obra moral de vuestras cristianas madres, y haceros menospreciar vuestra triple prosapia, esculpida en la historia, de hijos de santos, de sábios y de valientes. Vuestra limpieza de caballeros y de españoles serviros ha de escudo para preservaros de todo borrón y de toda mancha, teniendo siempre delante de los ojos aquel expresivo mote de algunas de nuestras casas nobiliarias, y que, en realidad, es aplicable á España, nuestra querida pátria: «*Priùs mori quàm fedari*».

HE DICHO.